



EGIPTO. — Viuda doliente.

(Véase la página 234).

MARRUECOS,

POR

EDMUNDO DE AMICIS.

TÁNGER.

(CONCLUSION).

VIII.

El encargado de Negocios extranjeros de S. M. Scheriffiana y el gobernador de Tánger.—Conversacion diplomática.—Preparativos.—Últimos detalles.—Partida.

Dirigímonos, pues, á la alcazaba, donde reside el ministro. Delante de la puerta vimos una porcion de soldados formados en ala. Atravesamos un jardín y penetramos en una sala espaciosa en la cual salieron al encuentro del encargado de Negocios, el ministro del exterior y el gobernador de Tánger.

En el fondo de la sala se veia una alcoba con un sofá y algunas sillas: en uno de sus ángulos un lecho modestísimo, y debajo de éste, un servicio de café. Las paredes estaban encaladas y sencillas esteras cubrian el pavimento.

Sentámonos en la alcoba.

Los dos personajes que teníamos delante constituian uno de los contrastes más peregrinos que se pueden imaginar. El uno, Sidi-Bargas, es decir, el ministro, era un anciano venerable, de lengua barba blanca, de color moreno, con dos ojos dotados de indescriptible viveza, y una boca grande, siempre contraída por un agradable sonris, que dejaba al descubierto dos hileras de hermosos dientes, blancos como el marfil: su aspecto revelaba á primera vista la astucia sutil y la índole maravillosamente flexible, adquiridas en el desempeño de su cargo de ministro. Los espejuelos, la caja de rapé y ciertos ceremoniosos movimientos y ademanes, le comunicaban un aire muy pronunciado de diplomático europeo. Véase en él al hombre acostumbrado á tratar con los cristianos, superior, probablemente, á muchas supersticiones y á no pocas preocupaciones de su pueblo; en suma, un musulman de manga ancha; un moro cubierto con un barniz de civilizacion. En cambio su compañero el caid Misfiui, parecia la encarnacion viva de Marruecos. Tendria cincuenta años, la color bronceada, la barba negra, nervudo, taciturno, ensimismado, con una cara que al parecer jamás se habia contraído al impulso del más leve sonris, con la cabeza baja, los ojos clavados en el suelo, y el entrecejo fruncido: habríase dicho que le inspiráramos un profundo sentimiento de repugnancia. Yo le contemplaba disimuladamente con cierta desconfianza; parecíame que aquel hombre no podia abrir la boca como no fuera para hacer rodar por el suelo alguna cabeza. Los dos tenian cubierta la suya por un gran turbante de muselina y vestian un jaique trasparente que les envolvía de la cabeza á los piés.

Valiéndose del intérprete, el encargado de Negocios presentó á dichos personajes al comandante de fragata y al capitán. Eran dos empleados oficiales, y por consiguiente la presentacion no daba lugar á comentarios. En cambio la mia exigía explicar en cierto modo la clase de asuntos en que me ocupaba. El Encargado lo hizo en términos hiperbólicos. Sidi-Bargas recapacitó durante un rato, al cabo del cual dijo al intérprete algunas palabras que éste tradujo del modo siguiente:

—Su Excelencia pregunta, por qué razon, teniendo una mano tan hábil, Vuestra Señoría la lleva cubierta. Vuestra Señoría debería quitarse el guante para que pudiera verse la mano.

El cumplido era para mí tan nuevo, que por de pronto no se me ocurrió una sola palabra con que corresponder al mismo.

—No es menester, observó el encargado de Negocios, porque la facultad reside en la cabeza y no en la mano.

Después de esto, habria creído cualquiera que estaba todo dicho; pero cuando un moro se agarra de una metáfora no la suelta á tres tirones.

—Cierto, hizo responder su Excelencia; pero la mano es el instrumento y hasta el símbolo de la facultad del entendimiento.

La discusion continuó durante algunos minutos.

—Es un don de Alá, concluyó finalmente Sidi-Bargas.

—¡Avaro Alá! dije para mi interior.

La conversacion duró un buen rato girando casi siempre sobre el viaje, y reduciéndose á una larga enumeracion de nombres de los gobernadores, provincias, rios, valles, montes y llanuras que habíamos de encontrar en nuestro camino; nombres que sonaban á mi oido como otras tantas promesas de acontecimientos maravillosos, y excitaban extraordinariamente mi ya inquieta imaginacion. ¿Qué era la montaña Bermeja? ¿Qué espectáculo desconocido nos guardaban las ondas del rio de las Perlas? ¿Qué hombre podia ser un gobernador apellidado el Hijo de la yegua? Nuestro Encargado hizo algunas preguntas relativas á la distancia, al agua y á la sombra. Sidi-Bargas lo tenia todo en la uña, siendo indispensable convenir en que en este punto estaba muy por encima de Visconti-Venosta, que se veria en la imposibilidad de manifestar á un embajador extranjero, cuántos manantiales de agua pura y cuántos grupos de árboles se hallan en el camino de Roma á Nápoles. Por último, nos deseó un viaje feliz por medio de la fórmula: «La paz sea en vuestro camino,» y acompañó al Encargado hasta la puerta estrechando cordialmente la mano á todos. El caid Misfiui, mudo siempre, nos alargó la punta de los dedos, sin levantar los ojos del suelo. «La mano, dije para mí, tendiéndole la mia, no hay inconveniente; en cuanto á la cabeza, ya es otra cosa.»

Hallábamonos ya fuera de la sala, cuando nos alcanzó de nuevo el ministro.

—¿Qué día se emprende la marcha? preguntó al comendador Scovasso.

—El domingo, contestó éste.

—Partid el lunes, observó Sidi-Bargas en tono sentencioso.

El Encargado le hizo preguntar la causa.

—Es día de buen augurio, contestó seriamente; y haciendo una nueva reverencia desapareció.

Más tarde supe que Sidi-Misfiui goza entre los moros fama de hombre docto, hasta tal punto que fué maestro del Sultan reinante, y que segun revela su semblante, es un musulman fanático. Sidi-Bargas goza la reputacion, más agradable, de consumado jugador de ajedrez.

..

Tres días ántes de la marcha, la callejuela en que se halla situada la casa de la Legacion estaba llena de curiosos. Diez grandes camellos, que anticipándose á nuestra llegada debían conducir á Fez una parte de la provision de vino, vinieron consecutivamente á arrodillarse ante la puerta para recibir la carga que les estaba destinada, y marcharon acompañados de una escolta de criados y gente de armas. En aquellos últimos días redobló el trabajo y la bulla en el interior de la casa. Á los criados y á los soldados de la Legacion se unieron los siervos venidos de Fez. Continuamente llegaban nuevas provisiones. La casa parecia al par una oficina, un almacén y un embarcadero. Por un momento se temió que no

bastara el tiempo á los trabajadores para poderlo disponer todo ántes del día fijado para la partida; pero el domingo por la tarde, tres de mayo, todo se hallaba dispuesto, inclusa la elevadísima asta de una desmesurada bandera tricolor que debia ondear en medio de las tiendas; y por la noche pudieron cargarse sobre las mulas todos los bagajes, que partieron el lunes por la mañana, muchas horas ántes que nosotros, á fin de que, llegada la noche, encontráramos el campamento dispuesto en el lugar de la etapa.

Siempre recordaré con gratísima emocion aquellos postreros momentos que ántes de emprender la marcha, pasamos en el patio de la casa consular.

Todos estábamos prontos. El día ántes habian llegado, para reunírsenos, un antiguo amigo del encargado de Negocios, el señor Patxot, antiguo ministro de España en Tánger, y el señor Morteo, genovés, agente consular de Italia en Mazagan. El médico de la caravana, que era natural de Argel, se llamaba Miguerez, y allí se encontraban además Mohamed-Ducali, rico moro que acompañaba la caravana en calidad de escribano; Salomon Aflalo, segundo intérprete ó dragoman de la Legacion; dos marineros italianos, el uno ordenanza del comandante Cassone, y el otro calafate del *Dora*; los soldados de la Legacion de gran gala, los cocineros, los operarios, los siervos, personas desconocidas todas, que dos meses de vida comun en el interior de Marruecos debian hacerme familiares, y las cuales me preparaba á estudiar desde aquel momento, una á una, con el propósito de hacerlas hablar y moverse en el libro que me forjaba en la mente. Todos tenian en el vestir algo particular, que daba á la reunion un aspecto extraordinariamente pintoresco. Sombreros empenachados, capas blancas, gorros turcos, velos, morrales, mantas de vivos colores: con las pistolas, barómetros, cuadernos, álbums y gemelos de campaña, habia para surtir un bazar. No parecia sino que íbamos á emprender una expedicion al Cabo de Buena Esperanza. Do quier reinaban la impaciencia, la alegría y la curiosidad. Para que nada faltara, teníamos un tiempo bellísimo y una brisa encantadora. Mahoma estaba por Italia.

Á las cinco en punto el embajador montó á caballo, y se izaron las banderas en señal de saludo en la azotea de la Legacion.

Preocupado como estaba con mi cabalgadura, en aquel peligroso tumulto de la partida, sólo confusamente recuerdo la muchedumbre que llenaba la calle de bote en bote; las hermosas judías que se asomaban á las azoteas para vernos pasar, y un muchacho árabe que en el momento de salir por la puerta del Zoco, con acento extraño, exclamó:—¡Italia!

Ya en el Zoco se agregaron á nuestra comitiva los representantes de todas las Legaciones, para acompañarnos, segun costumbre, hasta algunas millas de Tánger; y todos juntos emprendimos el camino de Fez, confusos en alegre y regocijada cabalgata, al frente de la cual, sirviendo de guía, y azotado por el aire, ondeaba el verde estandarte del Profeta.

HAD-EL-GARBIA.

I.

Abigarrado conjunto de la caravana. — Anuncio desagradable. — El primer campamento. — Festin encantador. — La temida tragedia se trueca en comedia.

Era aquello una muchedumbre de ministros, cónsules, dragomanes, secretarios, vice-cónsules, una gran embajada internacional que representaba seis monarquías y

dos repúblicas, compuesta en su mayor parte de gentes que habian recorrido la mitad del mundo. Llamaban especialmente la atencion, el cónsul de España vistiendo el pintoresco traje murciano, y ostentando un puñalito en la cintura: el gigantesco cónsul de los Estados Unidos, antiguo coronel de caballería, cuya cabeza sobresalía de todas las demás de la comitiva, el cual cabalgaba en un brioso corcel de raza árabe, aparejado á la mejicana: el dragoman de la legacion de Francia, hombre de atléticas formas, enclavado en un caballo blanco, con el cual en cierto modo y hasta cierto punto ofrecia los contornos fantásticos y poderosos de un centauro. Allí habia caras inglesas, portuguesas, andaluzas y alemanas; todos hablaban y producian una confusa algarabía en diez idiomas distintos, acompañada de carcajadas, cantares y regocijadas exclamaciones. Precedia á la comitiva el porta-estandarte seguido de dos soldados de la legacion italiana, detrás de los cuales marchaban los jinetes de la escolta, mandados por el coronel mulato, con las espingardas pendientes del arzon delantero, caminando á los lados un verdadero enjambre de servidores árabes. Toda esta comitiva, iluminada por los rayos del sol, próximo al ocaso, ofrecia un espectáculo tan espléndidamente pintoresco, que cada uno de nosotros dejaba trasparentar en su semblante la satisfaccion que sentia en ser una de las figuras del cuadro.

Paulatinamente fueron despidiéndose de nosotros cuantos nos acompañaban, que regresaron á Tánger, excepto España y América que continuaron á nuestro lado.

Hasta entónces el camino no habia ofrecido inconvenientes; era llano y espacioso; mi mula parecia el animal de su clase más dócil del imperio, ¿qué más podia desear? Pero por algo se ha dicho que en la tierra no existe felicidad completa. Acercóseme el capitán y me comunicó una nueva que nada tenia de agradable. El vice-cónsul, Paolo Grande, nuestro compañero de tienda, era sonámbulo. El mismo capitán lo habia encontrado una noche en la escalera de la casa de la Legacion, revuelto en una sábana, con una pistola en una mano y una luz en la otra. Preguntados los criados de la casa habian confirmado el hecho. El dormir con él bajo la misma tienda ofrecia algun peligro. El capitán, teniendo en cuenta las íntimas relaciones que yo tenia con el vice-cónsul, me indicaba la conveniencia de inducirle á que durante la noche depositara las armas en persona de su confianza. Ofrecí hacer respecto del particular cuanto estuviera en mi mano.—Confío en ello, dijo alejándose, y advertid que hablo tambien en nombre del comandante; pues se trata nada ménos que de salvar la pelleja.—Pues señor, esto sólo nos faltaba, dije para mi capote, y fuíme derecho á encontrar al vice-cónsul. Él mismo me salió al encuentro. De una en otra pregunta acabé por saber que llevaba consigo un pequeño arsenal de armas blancas y de fuego, contándose entre las primeras un puñalito morisco, que me describió puntualísimamente, y que no sé por qué razon, antojóseme expresamente fabricado para abrirme un ojal en mitad del pecho. ¿Pero cómo me las habia de componer para hacerle comprender mi intento? ¿Y si no tenia conciencia de ello? En vista de todo esto determiné esperar hasta la noche, en que llegaria la hora de acostarnos, sin que en todo el resto del camino lograra apartar de mí aquel pensamiento molesto.

Caminábamos por un terreno ondulado en grandes curvas al través de una campiña verde y solitaria. El camino, si tal nombre merece, estaba formado por gran número de sendas paralelas, que en algunos puntos se entrecruzaban, serpenteando en medio de césped y maleza y

profundas en ocasiones como lechos de arroyuelos. Una que otra palma, tal cual aislada y solitaria pita diseñaban de tarde en tarde sus escuetas formas sobre el dorado horizonte. En el cielo comenzaban á brillar deslumbrantes las estrellas. A nadie se veía ni cerca ni lejos. Al llegar á cierto punto hirió nuestros oídos una série de disparos:

era un grupo de árabes que desde la cumbre de una colina saludaban al embajador. Después de tres horas de andar había cerrado la noche, y comenzábamos á desear el campamento. El hambre en unos, en otros el cansancio, habían puesto término á la conversacion. Sólo se oía el rumor producido por el paso de las caballerías, y el resoplido afanoso de los criados que nos seguían á pié. Al cabo de un rato rompió el silencio un grito del caid.

Volvimos la cabeza, y á nuestra diestra descubrimos una eminencia esplendente de luz: era nuestro primer campamento y lo saludamos con un grito de entusiasmo.

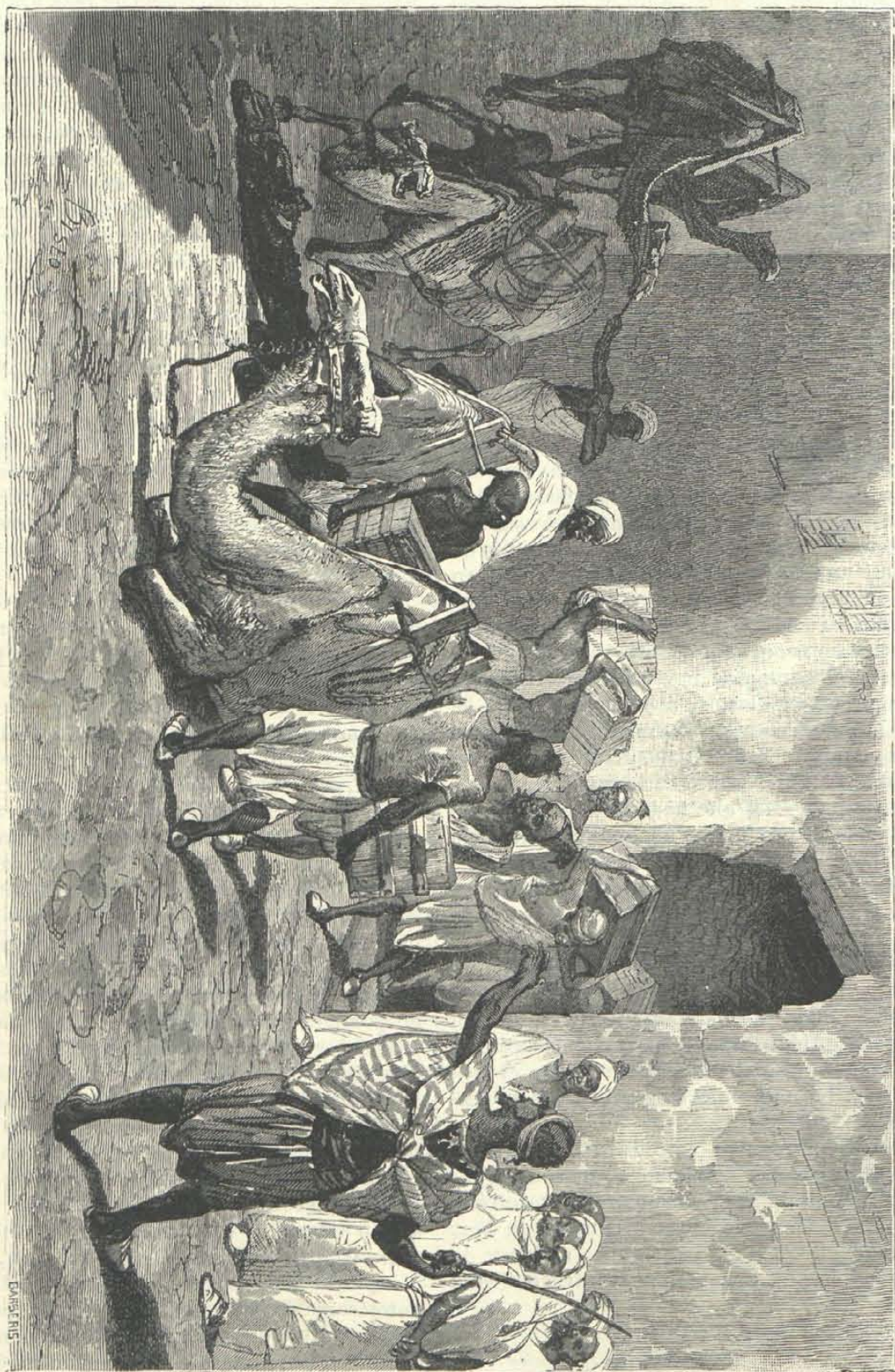
Me sería imposible expresar el placer que experimenté echando pié á tierra en medio de aquellas tiendas. Si no hubiese sido por la dignidad de la literatura italiana, que siquiera indignamente, representaba en aquel momento en tales regiones, habríame entregado al grato ejercicio de saltar, brincar y hacer cabriolas. Aquello era una ciudad en miniatura, iluminada, poblada y rumorosa. Do quiera chisporroteaban los fuegos

de las cocinas. Siervos, soldados, marmitones, marineros, iban y venían cambiándose órdenes y preguntas en todas las lenguas de la torre de Babel. Las tiendas formaban un vasto círculo, en el centro del cual se veía izada la bandera italiana. Más allá de las tiendas estaban arrendados en hilera los caballos y los mulos. La escolta

tenía su pequeño campamento en otro sitio cercano. Todo se había dispuesto militarmente: á primera vista reconocí mi habitación, y fui á posesionarme de ella. Formaban su ajuar cuatro camas de campaña, esteras y tapetes, linternas, candeleros, mesitas, silletas de tijera, lavamanos con el pié pintado de los colores italianos, y un gran ventilador de forma indiana. Era un campamento de príncipe, á propósito para pasarse en él un año entero. Nuestra tienda se hallaba situada entre la del embajador y la de los artistas.

Al cabo de una hora de haber llegado, sentámonos á la mesa en la tienda consagrada á Lúculo. Tengo para mí que des-

de la fundación de Fez, fué aquella la comida más alegre y regocijada que se ha hecho dentro de los confines de Marruecos. Éramos diez y seis, comprendido el cónsul de América con sus dos hijos, y el de España con dos empleados de la Legación. La cocina italiana alcanzó un triunfo solemne. Presumo que era la primera vez que desde aquellas soledades, y de en medio de aquella desierta campiña se elevaban á Alá los perfu-



La carga de los camellos.

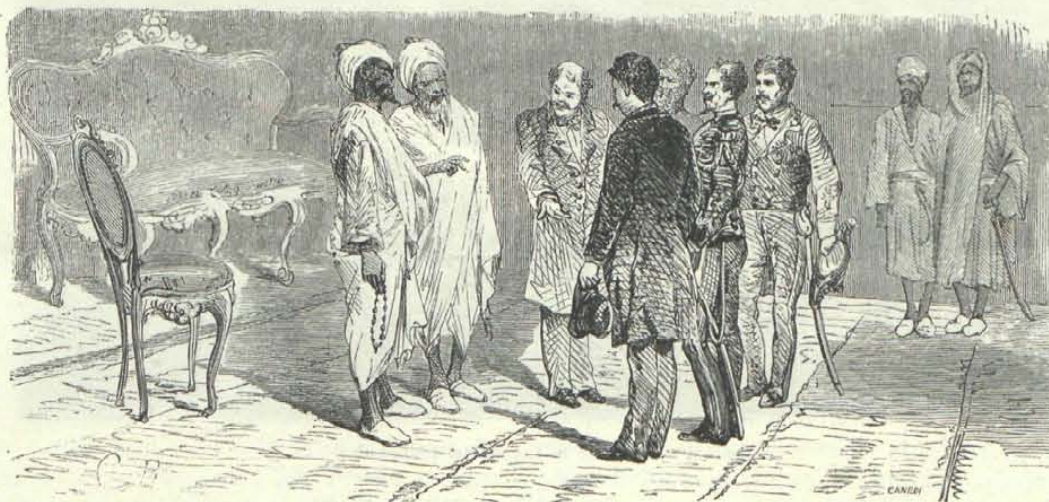
mes del arroz á la milanesa y de los macarrones á la napolitana. El autor, robusto cocinero francés, venido sólo para aquella noche de Tánger, fué llamado estrepitosamente á la escena, donde le fueron tributados los honores merecidos. Los brindis se encadenaron el uno al otro, en italiano, en español, en prosa, en verso, cantados y bailados. El cónsul de España, un castellano viejo chapado á la antigua, con gran barba, gran pecho y gran corazón, con una mano puesta sobre la empuñadura de su puñal declamó la escena ó diálogo entre don Juan Tenorio y don Luis Mejía, del famoso drama de José Zorrilla. Discutióse sobre la cuestión de Oriente, sobre los ojos de las mujeres árabes, sobre la guerra car-

listas, sobre la inmortalidad del alma, sobre la propiedad del terrible *cubre cabello*, y sobre el áspid de Cleopatra del cual se dejan morder impunemente los charlatanes marroquíes. En medio del clamoreo de la conversacion, no faltó quien me dijera al oído, que me quedaria eternamente reconocido, si en mi futuro libro sobre Marruecos dejara consignado que él

habia muerto un leon, circunstancia que aproveché para suplicar á los comensales que me dieran nota detallada de las bestias feroces de las cuales deseaban les hiciese triunfar. El cónsul de España, en agradecimiento, improvisó una poesía castellana en honor de mi mula, y cantando á coro dicha poesía sobre un motivo de la *Italiana en Argel*, abandonamos la tienda para irnos á acostar.



La caravana en marcha.



El autor es presentado al ministro de Negocios extranjeros y al gobernador.



Primera comida en el campamento.

El campamento estaba sumido en el silencio más profundo. Delante de la tienda del embajador, que se habia retirado antes que nosotros, velaba el fiel Selam, primer soldado de la Legacion. Entre las tiendas más apartadas pasaba lentamente como una larva blanca, el tachonado de brillantes estrellas. ¡Qué hermosa noche si no hubiese llevado clavada en el corazón la aguda espina del sonámbulo!

Al penetrar en la tienda, el capitán me recordó su aviso. Resolví comenzar el discurso en cuanto estuviésemos acostados.

Era indispensable, pero exigia de mí un gran esfuerzo. El vice-cónsul podia tomar la cosa en mala

parte, y sentirse por ello por demás mortificado. ¡Era un compañero tan agradable! De ingenuidad siciliana, lleno de fuego, hablaba de las cosas más insignificantes con el calor y el estilo de un orador inspirado. Prodigaba por cualquier motivo los adjetivos terrible, inmenso, divino: su ademán más reposado era agitar las manos sobre su cabeza. Viéndole discutir, con los ojos que se le saltaban del rostro, con su nariz aguileña con la cual parecía querer agarrar al adversario, habría-sele tenido por hombre irascible é impetuoso; y sin embargo era el joven más dócil y de más buena pasta que puede imaginarse.

—Ánimo, dijo el capitán cuando los cuatro estuvimos encamados.

—Señor Grande, comencé, ¿tiene usted la costumbre de levantarse de noche?

Pareció muy maravillado de mi pregunta y contestóme:

—No, y me disgustaría que otro la tuviese.

Está bueno, dije para mí, y añadí luego:

—De manera que reconoce usted no estar semejante costumbre completamente desprovista de peligros.

Mírome, y después añadió:

—Dispense usted; mas permítame que le diga que no debería usted bromear sobre semejante asunto.

—Puedo asegurarle, que no me ha pasado siquiera por las mientes la intención de chancarme. No tengo por costumbre hacer objeto de broma los asuntos tristes.

—Realmente es una cosa triste y debería usted hacer cuanto estuviese en su mano para evitar sus terribles consecuencias.

—¡Me gusta! ¿Pretendería usted tal vez que me fuese á dormir al raso?

—Paréceme, salvo mejor opinión, que de tener que hacerlo alguno, á usted le corresponde, no á mí.

—Es una verdadera impertinencia, dije entonces incorporándome en la cama.

—De manera que según esto, exclamó á su vez el vicescánsul, incorporándose también, será una verdadera impertinencia el no dejarse matar.

Una gran carcajada del capitán y del comandante cortó la discusión, y sin que dijeran una sola palabra comprendimos el señor Grande y yo, que nos habían jugado una broma, haciéndonos creer respectivamente, que recorriamos de noche las salas y aposentos de la Legación, envueltos en sendas sábanas y armados de pistolas.

Traducido del italiano por
CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO.

(Continuará).

ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,

por

J. RAMBOSSON.

PRIMERA PARTE.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO III.

LA MÚSICA BAJO EL PUNTO DE VISTA DE LA HIGIENE Y LA MEDICINA.

Hechos curiosos y notables del empleo de la música como medio higiénico y médico.—Especificación de los diversos efectos de la música en lo físico y moral.—Resultados importantes.—Curiosas y fecundas analogías de las influencias de la música y de ciertos alimentos.—Relación de algunas leyes comunes á estos dos asuntos.—Clasificación de los individuos bajo el punto de vista de la música, en cuatro categorías bien determinadas.

I.

De tiempo inmemorial se han venido haciendo experimentos para aliviar y curar los males por medio de la

música. La historia ha consignado en este particular hechos muy notables.

El más antiguo de los ejemplos conocidos del empleo de la música como curativo de las afecciones morales, y el más notable al propio tiempo, lo encontramos



Selam delante de la tienda del embajador.

en la Biblia. Refiérese á Saul, primer rey de Israel (año 1070 ántes de Jesucristo). Un conjunto de desdichas habían hecho que se apoderara de este monarca la más profunda melancolía: únicamente el tañido del *kinnor* ó del arpa era bastante poderoso para calmar los accesos de furor que le causaba su enfermedad. Condujeron á su presencia á un joven pastor de Belén que tocaba admirablemente aquel instrumento. Ese pastor era David, sucesor de Saul en el trono de Israel. El sagrado historiador se produce en los siguientes términos: «Cuando el maligno espíritu enviado del Señor se apoderaba de Saul, David tocaba el arpa, y Saul se sentía aliviado y se hallaba bien, porque el maligno espíritu se alejaba de él.»

La mitología, que tantas lecciones contiene para aquellos que van en busca de la verdad, siquiera la rodee de fábulas, nos refiere maravillosos hechos de los centauros, entre otros de Chiron, apellidado el *Sabio*, uno de los más célebres y que en ciertas regiones era considerado como el dios de la medicina, porque curaba las enfermedades por medio de *simples* y de la *música*. Su historia es de sobra interesante y harto relacionada con el punto que tratamos, para que digamos algo de ella.

La antigüedad hace remontar la existencia de Chiron á la época de la guerra de los argonautas, algo ántes de la guerra de Troya. En cuanto llegó á la edad de la ado-

lescencia, se retiró á los montes, en los cuales, cazador terrible é infatigable, corriendo al lado de Diana sin darse un punto de reposo, desgarrado por los matorrales, á través de los cuales se precipitaba para seguir á su divina compañera, tuvo necesidad de aprender las propiedades de las plantas más eficaces para curar las heridas y la posición de los astros que debían orientarle para conocer su camino.

El Pelion, montaña de la Hemonia, cuyas laderas se



Dos centauros, uno de los cuales toca la lira de siete cuerdas y el otro la doble flauta desigual. (Bajo-relieve del Museo Capitolino, Roma).

hallaban pobladas de encinas y coronaban los piños, cautivó su atención, de suerte que se retiró á una caverna abierta al pié del monte. Á este sitio acudía la Grecia entera, atraída por la nombradía del semi-dios y por sus doctas lecciones. Prodigó los mayores cuidados á Aquiles, de quien fué institutor y abuelo materno, compartiendo los peligros todos de su alumno, cuyo inmortal porvenir preveía. Con él se lanzaba á través de los precipicios, á su lado desafiaba á los leones y á los osos, y á él instruía en la medicina y la cirugía, la astronomía y la botánica, la química y la música. Algunos de sus entusiastas pretenden que curaba las enfermedades sin más auxilio que los acordes de su lira.

Cuando los argonautas quisieron partir para su conquista, á él se dirigieron para que les proporcionase un calendario que les habia de hacer suma falta. Cuando Hércules hubo realizado una parte de sus trabajos, se reunió con Chiron, de quien habia sido discípulo: el centauro examinó la maza y la piel de león que usaba el héroe, y contemplando á éste, dijo:

—El hombre es digno de tales armas y las armas son dignas de tal hombre.

En seguida examina los dardos emponzoñados; cae una flecha y le hiere en el pié izquierdo: la devoradora fuerza del virus triunfaba del arte y hacia inútil la acción de los remedios. El mal penetraba en los huesos y se apoderaba de todo su cuerpo. Aquiles, inundado el rostro de lágrimas, permanecía de pié delante del centauro, como pudiera delante de su padre. A menudo sus manos estrechaban, como buen amigo, las manos crispadas de Chiron; á menudo inundaba de besos al moribundo; á menudo le decía:

—¡Vive, mi querido padre! ¡No me abandones! Yo te lo suplico...

El mismo Hércules lloraba y se desesperaba, y sus di-

vinas manos aplicaban á la herida un remedio que el mismo Chiron le habia enseñado. ¡Vanos esfuerzos! Al noveno día Chiron se desprendió de sus mortales despojos y fué colocado entre los signos del zodiaco. Es el *Sagitario*.

II.

Cuéntase del rey de España, Felipe V, que en uno de los accesos de postración y tristeza que le acometían muy á menudo después de la muerte de su hijo, se negó á presidir el Consejo de Castilla, á pesar de las reiteradas instancias de su esposa la reina Isabel de Ferrara. En estas circunstancias llegó á Madrid cierto afamado cantor llamado Farinelli, y con este motivo la reina, que era gran apasionada por la música, quiso ensayar el efecto que produciría en el estado de ánimo de su marido. Dispuso al efecto un concierto y suplicó á Farinelli cantase algunas piezas de índole melódica, tierna y dulce. En cuanto el cantor dejó oír su voz, no pudo contener Felipe un movimiento de sorpresa y la más grata emoción se apoderó de su ánimo: al terminar la segunda copla el rey Felipe hizo llamar á Farinelli, colmóle de elogios y le suplicó cantase otra pieza, en la cual el artista desplegó todos los encantos, toda la magia de su voz y de su habilidad. Farinelli permaneció en compañía del rey y, gracias á las sesiones musicales que tuvieron lugar con mucha frecuencia, el poder de la música no tardó en curarle y pronto pudo dedicarse de nuevo á los asuntos del gobierno (1).

Oigamos á Bocous cuando habla de un hecho análogo á este: «El bueno y sabio Fernando VI, hijo segundo de Felipe V, habia heredado todas las enfermedades de su padre, especialmente una incurable melancolía que le atormentó durante los primeros tiempos de su reinado. Solo y encerrado en sus habitaciones, apenas recibía á la reina, y por espacio de más de un mes se negó tenazmente á mudarse la ropa y á dejarse afeitar, á pesar de las reiteradas súplicas de aquella y de sus cortesanos. Habiéndose empleado todos los medios posibles, se recurrió al talento de Farinelli, el cual con su canto y con los melodiosos sonidos de su voz, conmovió al rey de tal modo que logró hiciesen de él cuanto quisieron.»

Bourdelot cuenta que estando de embajador en La Haya, fué introducido por uno de sus amigos en el cuarto del príncipe de Orange en ocasión en que tres hábiles músicos, á guisa de pócima cordial, administraban á Su Alteza un agradable concierto, que al decir de su ayuda de cámara era el único remedio verdaderamente eficaz para combatir los accesos de melancolía á que se hallaba con tanta frecuencia sujeto su señor (2).

Siempre que sea urgente prevenir *el miedo del mal*,



Orfeo. (Segun un mosaico antiguo).

que origina muy luego el *mal del miedo*, como dice Figaro en un aforismo digno de Hipócrates, la música ofrece al arte de curar medios cuya eficacia ha sido en varias ocasiones demostrada. Por esta razón la música ha sido muy recomendada en épocas de epidemia, en las

(1) FÉTIS, *Biografía universal de los músicos*, t. II, pág. 85.

(2) G. KASTNER, *Patemiología musical*, pág. 14.

cuales, el terror que tal azote produce, es con frecuencia más perjudicial que el azote mismo.

Ampère, como otras muchas personas, según el género de música que oía se sentía turbado, atormentado, tranquilo y animoso. F. Arago, á propósito de esto, cita un hecho que no carece aquí de oportunidad: «Contaba Ampère unos treinta años y asistía en compañía de muchos amigos á un concierto, compuesto en su principio de trozos de música profundos, enérgicos, debidos al inmortal Gluck. La desazon de Ampère no se ocultaba á los ojos de nadie: bostezaba, se levantaba inquieto y andaba con incierto paso, yendo á esconder de cuando en cuando su rostro en un ángulo del salón, y volviendo la espalda á los circunstantes. En una palabra, el fastidio, ese terrible enemigo que el sabio académico no pudo jamás dominar, por no haber asistido á la escuela en su juventud, salía por todos sus poros. Pues bien, á la es-

tudiada música del compositor alemán sucedieron de repente melodías sencillas y delicadas, y entonces nuestro compañero se encontró trasportado á un mundo nuevo, manifestando su emoción con abundantes lágrimas: la fibra que unía el oído y el corazón de Ampère acababa de manifestarse y de vibrar por primera vez.»

M. Arago añade que tan singular disposición no varió con los años, pues Ampère mostró durante toda su vida, una gran afición á los cantos sencillos, y la misma antipatía hacia la música sabia y ruidosa.

III.

Pero nada hay tan curioso, tan extraño y tan sorprendente como los fenómenos producidos por el *tarantismo*, con cuyo nombre se designa una enfermedad que se ha atribuido á la mordedura de la tarántula, especie de araña que abunda mucho en la Pulla (1).



Concierto ante una princesa de la India. (Según una miniatura de un manuscrito que se conserva en la Biblioteca nacional de París).

Los atacados por esa enfermedad se volvían por lo común melancólicos, y perdían, por decirlo así, el uso de la razón, cual si estuviesen presas de la borrachera.

Muchos de ellos se exaltaban tanto con la música, que á los primeros sonidos de una melodía que les fuese agradable, se levantaban, y empezaban á dar saltos, profiriendo gritos de alegría y bailando sin parar hasta que caían rendidos y medio muertos de fatiga.

En otros la enfermedad no presentaba ese carácter de alegría; por el contrario, lloraban continuamente cual si estuviesen atormentados por honda pena y pasaban de este modo la vida en un estado deplorable. Algunos se sentían poseídos de una inconcebible embriaguez amorosa; otros sufrían un temblor continuo, y casos se vieron de que el enfermo se entregara á los más terribles accesos de furor.

Á fines del siglo décimoquinto el tarantismo se había extendido más allá de la Pulla é inspiraba un excesivo terror; pues se creía vulgarmente que las personas mordidas debían morir ó permanecer en una eterna imbecilidad.

Los acordes de algunos instrumentos, especialmente los de la flauta y la guitarra, les procuraban algún alivio: bajo su influjo parecía como si despertaran poco

á poco de un sueño mágico; los enfermos abrían los ojos, se movían primero lentamente y luego, cuando el compás de la cadencia se hacía más rápido, se entregaban á una bulliciosa danza.

Y lo más curioso es que las personas más ignorantes en música, cuando se sentían presas de esa exaltación nerviosa, bailaban con extraordinaria habilidad. Durante el verano, las flautas, los clarinetes y los timbales turcos llenaban con sus acordes las villas y las aldeas, no viéndose en todas partes más que enfermos que esperaban curarse por medio de la danza.

Alexander de Alexandro cuenta que en una aldea apartada vió un joven atacado de un fuerte tarantismo que con oído atento y mirada fija escuchaba los acordes de un tambor: sus graciosos movimientos, que se iban haciendo cada vez más rápidos, terminaron, gracias á poderosos esfuerzos, con unos saltos extraordinarios. Si, durante esa exaltación del espíritu y del cuerpo, cesaba la música, caía sin sentido y permanecía tendido en el suelo hasta que venía á excitarle de nuevo al baile.

Traducido del francés por
MANUEL ANGELON.

(Continuará).

(1) Acerca de esto puede verse un excelente trabajo de M. Alfredo Maury, que nos ha servido de guía (*Enciclopedia, mod., dict. des sciences, lettres et arts*).



EGIPTO

EN IMÁGEN Y EN PALABRA

por

JORGE EBERS.

POR LA DELTA.



SUENA la señal, un silbido, y volamos hacia el Sur en ferro-carril. Las casas y las quintas á nuestra derecha, los cojines de tafilete donde estamos sentados, la forma de las cartillas de viaje, los largos hilos metálicos á nuestro lado, hilos que acercan tanto los pensamientos de los hombres unos respecto de otros, como los tran-vías acercan sus habitaciones, la forma de las locomotoras y de los coches:

¡qué europeo es todo eso! ¡Sí, las máquinas se calientan con carbon, con carbon negro y vulgar, y no con pedazos de momia, como lo ha contado hace poco á sus lectores un viajero escritor americano! Y con todo, ¡en el Oriente estamos! Allá se mecen palmas, más allá se levantan minaretes con su media luna, y el polvo que en abundancia nos entra por las ventanas abiertas, es polvo del desierto legítimo y no sofisticado. Aquella cabeza atezada del administrador engalanada con el *tarbush*, que ahora se deja ver, no pertenece tampoco á ningun europeo, y en la tablilla de viaje, se ven letras y guarismos arábigos al lado de letras y guarismos franceses; tambien son propias de este suelo las traviesas de hierro que naturalmente son preferidas á las de roble en el valle del Nilo, tan pobre de madera.

A nuestra izquierda se ven las velas de las embarcaciones que van en demanda del canal de Mahmud; á nuestra derecha van rodando las olas del antiguo y salobre lago Mareótico, en el cual hacia miles de años daban fondo miles de embarcaciones en profundos y seguros puertos, y en cuyas riberas se veian en tiempos antiguos, que ya hemos tratado de explicar al lector, quintas al lado de quintas, y así sucesivamente, y viñedos al lado de viñedos.

«Ahí está el vino tásico, más allá el blanco,» canta Virgilio, vino que cuenta siglos de edad, que celebra Estrabon, y despues de él, Ateneo, el cual lo ha bebido en más de un festin y que pondera su claro color y su exquisita fragancia, añadiendo que es ligero y saludable, y que no se sube á la cabeza. Tambien canta Horacio el zumo de las cepas mareóticas, el cual, lo mismo que los mejores vinos egipcios, se daba en sitios ribereños á donde no alcanzaba la inundacion ni el negro fango del Nilo.

En las criptas de los tiempos más antiguos se encuentran figuras que nos muestran la vendimia de los antiguos egipcios, segun es de ver de la muestra que presentamos, habiéndose encontrado despues otras representaciones análogas. Unos vendimiadores están ocupados en coger las uvas de la espaldera, y otros pisan el mosto. Encima de ellos está escrito: «Cosecha de las uvas de la hacienda.» El dueño de esta hacienda, persona distinguida, se llamaba Ptah-hotep, y vivia hace no más que la friolera de 5000 años, por el tiempo de la construc-

cion de las pirámides. En el día no se da ya vino en las riberas del lago Mareótico; pero se han conservado en las orillas algunos paredones, á los cuales los árabes, por una antigua reminiscencia, dan el nombre de prensas de vino.

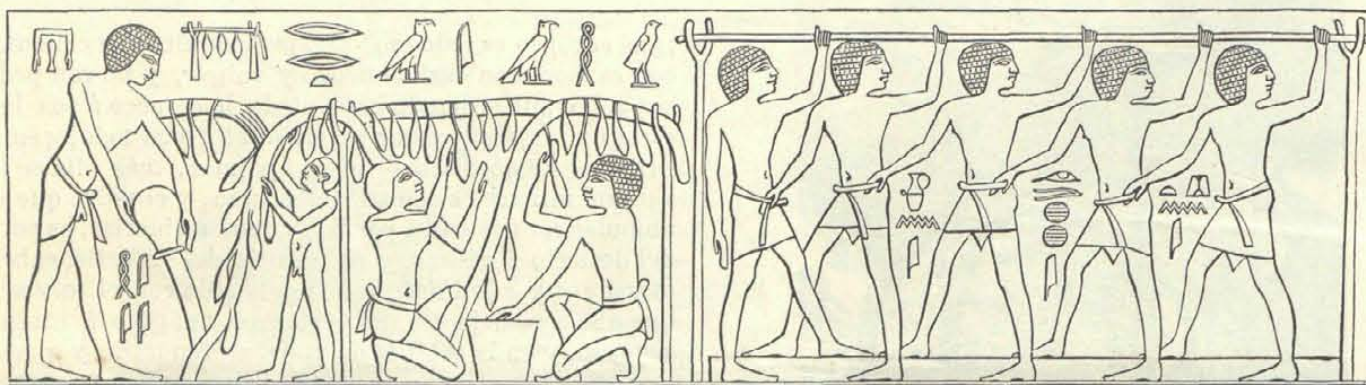
En la Delta restante llegan á sazón uvas exquisitas, pero no en cepas sueltas, sino en frondosas espalderas. A la presión del zumo de las cepas se opuso tenazmente el Islam, que veda el goce del vino. Con esto se dió un golpe fatal á la fabricación del vino, y ya no se prensa ninguna baya de la cepa, aunque muy bien pudieran prensarse las riquísimas uvas egipcias que sazonan en junio y julio, y que, entre otras frutas, se venden en los mercados.

Volvemos á volar, y de repente brilla á nuestra izquierda un anchuroso espejo de agua. Este espejo es el lago de Abukir. Así se llama por el nombre de una miserable aldea de pescadores situada en una punta de tierra al oeste de Alejandría, nombre que, como muy pocos de la tierra, debería ser famoso y solemne: delante de Abukir se dió el más grande combate naval de este siglo, y aquí, el día 1.º de agosto de 1798, logró el héroe británico Nelson anonadar la escuadra de la República

francesa mandada por el más valiente, pero desdichado, almirante Bruey.

No es este el lugar de presentar ante el lector las vicisitudes de la guerra que se hizo á Inglaterra en Egipto; y con todo, ¿cómo cabe trascordar á la vista de las aguas de Abukir aquellos combates, en los cuales se hicieron pedazos tantos laureles de vencedores y vencidos, y arrebató la muerte tantas víctimas de hombres valerosos, en el combate naval primeramente, y más adelante, en el año 1801, en el sitio de Alejandría por los ingleses? Ciento y cincuenta pueblos y lugares quedaron borrados entónces del suelo de la tierra como se borra un escrito de una pizarra, cuando los ingleses abrieron, no lejos de Abukir, el dique protector de la tierra fructífera, precipitando de este modo las saladas olas como formidable auxiliar para acabar de destruir aquellas campiñas tan floridas como inermes.

Los lagos desaparecen, más y más verdes se vuelven las campiñas á entrambos lados del ferro-carril. «Damanhur» se llama la primera ciudad en la que se abreva la locomotora. Es nada ménos que el antiguo lugar de Horo, la Apolinópolis parva griega, en la cual reside el mudir ó gobernador de una provincia tan grande como



Antiquísima representación de vendimia sacada de un sepulcro de Sakara.

feraz. Casas sombrías de imponente capacidad se levantan detrás de la estación apoyándose en un pueyo; esbeltos minaretes, aquí como en todas partes, se levantan hacia el cielo, y como vecinas de la tran-vía relumbran aquí las losas que cubren los cadáveres del cementerio árabe. La viuda sentada sobre el sepulcro de su difunto esposo mira al vacío y no oye siquiera la ruidosa trepidación del tren.

Poco faltó para que á los muertos de Damanhur se asociase nada ménos que el general Bonaparte, cuando fué felizmente librado por los suyos de caer prisionero, y muerto quizás por una partida de jinetes egipcios. Y cuando le echaba Desaix en cara su imprevisión, le contestó como si poseyera el don de la segunda vista: «No está escrito en los astros (*il n'est point écrit là haut*) que yo venga á caer jamás en manos de los mamelucos.—¡En manos de los ingleses, no digo que no!» (*Prisonnier des anglais, à la bonne heure!*)

La huella de un grande hombre da también á los lugares más insignificantes el sello de la dignidad; y cierto que á menudo encontraremos otras que dejaron tras sí en las riberas del Nilo Bonaparte y sus acompañantes.

El ferro-carril que nos lleva ahora por los campos ricos y bien cultivados de la Delta no nos deja comprender que el ejército francés encontrase el pueblo de Damanhur rodeado de un desolado desierto. Verdad es que la tierra por la cual volamos es uniforme; pero todo lo que abarca la vista desde Damanhur hasta el Cairo á en-

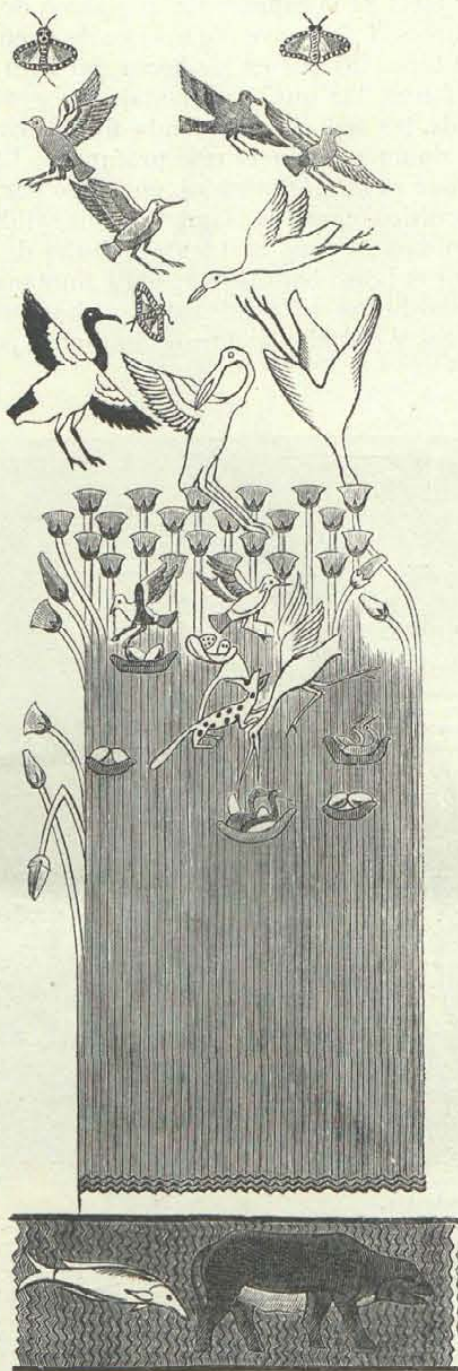
trambos lados de la vía, da testimonio de la feracidad del negro suelo de la Delta y de la actividad de sus habitantes. Verdes campos allá á lo lejos, espacios incommensurables en todas partes, pueblos que, vistos de lejos, parecen montoncitos de tierra ú hormigueros, ceñidos de palmeras y apoyándose á veces en montañas de escombros, ruinas de lugares destruidos ya de antiquísimos tiempos. En los altos diques de más allá que descuellan sobre los peñascos, vá pasando una larga recua de camellos y asnos con su guarda; búfalos negros suben al agua para beber, y pájaros grandes y pequeños, mucho más numerosos que en Europa, pueblan los aires. Allá pacen búfalos, más allá trabajan hombres medio desnudos, y mujeres en vestiduras largas y azules en un algodonel; acumúlanse imágenes no conocidas, pero nosotros vamos volando siempre y desaparecen hundiéndose una en otra, y sin embargo... ¡Qué es eso! ¡Allá se ven velas impulsadas por el viento, allí se columbra el agua reluciente de un anchuroso río!

¡Es el Nilo! No el río todo entero, sino uno de aquellos dos brazos principales que actualmente llevan su caudal al mar.

El tren se estremece y truena al paso por un puente de hierro. «Kafr ez Zaijat» está situada en la estación enjalbegada. Aquí dejamos el tren, pues la gran feria de Tanta, en la que pensamos tomar parte, no empieza hasta el viérnes, y bien vale la pena de contemplar más de cerca los graneros del mundo antiguo, los cuales con sus productos llenaban aquellas escuadras cuya tardanza

en llegar amenazaba de hambre á Roma y á Bizancio, y que traen á la memoria tiempos gloriosos y antiquísimos Estados.

Alquilamos un bote, y viento y corriente nos llevan bajando por el brazo de Roseta hasta la Delta propia-



Zarzal antiquísimo representado en un sepulcro de Benihasan.

mente dicha, á cuyo suelo da con razon el padre de la historia el nombre de regalo del río. Hace ya miles de años que sabe el hombre utilizarse de este don de un modo adecuado segun las necesidades de cada época. Hubo un tiempo en el que las venas del río que por allí corren se abrian paso por marjales, por macizos de plantas y matorrales. Del agua iban saliendo islas y tiras de tierra; una vegetacion demasiado poderosa y no reprimida, cosas todas que vemos representadas en las criptas más antiguas, formaba miles de setos vivos y muertos, espalderas, muros y ribazos, detrás de los cuales pacian sin ser molestados hipopótamos, cocodrilos y otros animales.

Allí llegaron hombres del Sur por la Arabia y el estrecho de Bab-el-Mandeb, y del Norte llegaron colonias semi-

ticas que tomaron posesion de esta tierra. Clareáronse las malezas y matorrales, hiciéronse accesibles los arroyos para la canoa y el remo, las fieras fueron acosadas, y cuando los primeros terrenos más elevados dieron fruto, arrancáronse á los pantanos piezas de tierra una tras otra, forzando al agua á seguir el camino que se le impuso para que no neutralizase las miras del labrador. Diéronse nuevos cauces, abiertos al intento, al río, el cual, en tiempo de los Faraones, se precipitaba al mar por siete brazos. Pronto se levantaron en sus riberas ricas ciudades, y ya en veinte y dos cantones administrativos cuidaban los llamados Zar ó jefes del Nomos ó canton de los intereses de los mismos. Hasta el tiempo de los romanos se mantuvo esta division de la Delta, y por monedas grandes y pequeñas desde Trajano hasta Domiciano se ve que los Nomos ó cantones tenian la facultad de acuñar moneda. Un particularismo absoluto separaba, segun veremos, estos Nomos, y se sostenia por la circunstancia de invocar cada uno de ellos á los dioses de su Nomos y de honrar á los animales propios del mismo y que tenian por santos. Y de estos animales guardaban en los templos ejemplares selectos, cuyas imágenes se llevaban en las procesiones, y más adelante se grababan en las monedas. La moneda de Mendes, que era la ciu-



Moneda del canton Leontopolites.

dad de un macho cabrío á quien llamaban santo, presentaba la imagen del macho cabrío; la de Leontopolites ó canton de la ciudad del Leon representaba al rey de los animales, cuya figura habia Horo elegido, cuando en el territorio de Zar venció á los enemigos de su padre Osiris.

El brazo del río de Roseta, por el cual ahora navegamos, corresponde á la antigua boca del Nilo bolbitínica. En todas las riberas de los arroyos de la Delta, así como en los de ésta, se cultivó la planta papiro, y en sus aguas nadaban flores del loto como galas del agua y como



Moneda del canton de Mendes.

plantas de las que se alimentaban los pobres, como ya lo hacian con el meollo del papiro. La última planta ha desaparecido completamente, no sólo de la Delta, sino también de todo el Egipto, habiéndose retirado hacia el Sur, donde se encuentra en gran cantidad, así en el Nilo azul como en el blanco. Los hipopótamos y cocodrilos, que en tiempo de los árabes se dejaban ver en la Delta,

han seguido el mismo camino, aunque de los últimos se matan todavía algunos en el alto Egipto. Se ha hecho también relativamente muy rara la flor del loto, que en otros tiempos era la que más llamaba la atención entre las plantas acuáticas de Egipto, de cuya flor surgió el dios joven Horo, y cuya forma graciosa sirvió de modelo á los artistas en tiempo de los Faraones. No obstante, encuéntrase muchos ejemplares de esta flor, así de la blanca como de la azul, en los arroyos de las cercanías de Damietta, donde Rohsbach vió gentes que comían los granos del fruto del loto que se parecen á los de la adormidera.

Mientras dominaron los bizantinos, sufrió un triste retroceso el cultivo de la Delta; pero los califas y sus vireyes la reanimaron con sus disposiciones sobre la división más atinada del agua del Nilo; y algunas obras solitarias que se encuentran en parajes muy apartados, pisados apenas por los europeos, muestran la vida más

rica que adquirió esta flor en la época más brillante del Islam.

Desde la caída de los fatimitas y la muerte del gran Saladino (Saláh-ed-din) hubo de sufrir la Delta el yugo de los sultanes mamelucos, y más tarde, después de la incorporación del Egipto al imperio otomano por Selim, á consecuencia de la rapaz administración de los bajás y beyes turcos, fué decayendo más y más el cultivo de la Delta, en términos que en las bocas del Nilo se alzaron masas de fango, las que fueron atajando gradualmente el curso de las aguas, por donde finalmente hubo de buscar el río nuevos cauces más profundos. La boca pelusínica, que es la más oriental, encontró por medio del brazo sebenítico (cerca de Damietta) fácil salida; la Kanópica, que es la más occidental, hubo de buscar su camino por el brazo bolbitínico, obra humana, hasta el actual brazo de Roseta, donde estamos ahora navegando. Los antiguos y principales brazos acabaron por desapa-



Dique en la Delta en la época de la inundación.

recer completamente; nuevos brazos accesorios de la Delta interior se enriquecieron con el caudal de aquellos, y son hoy día casi los únicos que unen el Nilo al mar.

La red de arroyos de la Delta ha variado muchísimo desde el tiempo de los romanos hasta hoy día; y lo que decimos del curso del agua es aplicable también á la vegetación que debe á aquella la vida. Plantas de cultivo enteramente nuevas han desterrado, no solamente el papiro y las flores del loto, sino también, en parte al menos, los antiguos cereales; nuevas especies de árboles dan sombra á los caminos y á los pueblos y aldeas, y puede asegurarse que toda la tierra perdida para el cultivo por la mala administración de los mamelucos y de los turcos se ha recobrado por la atinada administración de la familia de Mohamed-Alí, y especialmente por el khedive. El dicho de Bonaparte, que con una buena administración llegaría el Nilo al desierto, y que por una mala administración llegaría el desierto al Nilo, se ha visto completamente confirmado, y el viajero que ahora en octubre recorre el territorio de Damanhur, en el cual se quejaron las tropas francesas de los efectos desastrosos del desierto, no puede menos de ver con asombro los

maizales de la altura de un hombre y que allá se pierden de vista, que fueron sembrados nueve semanas antes, y que esperan ahora la cosecha con sus ricas y doradas mazorcas.

Un viento Sur agradable hincha la triangular vela latina de nuestro modesto bote. Según usanza turca, estamos acurrucados sobre cubierta, y delante de nosotros se van deslizándose campos y praderas, pueblos y aldeas.

El ánsia de saber encuentra alimento á cada minuto cuando en una curva que forma el río se juntan palmeras y zarzales formando hermosos grupos, ó bien se acercan al río largas hileras de lugareños en busca de agua. En todos los campos se ven hombres atezados que trabajan con ardor, y no les van en zaga las mujeres y los niños; todos están en pie en el horizonte occidental y trabajando desde la salida del sol hasta su puesta.

Es muy posible que no tenga el mundo campos más feraces que los que ahora estamos viendo, pero pocos serán los que exijan mayor afán en sus cultivadores. Sólo una parte de los campos que llaman Campos del Rajá son regados y abonados completamente por la inun-

dacion; los más elevados, que llaman *Scharaki*, necesitan un año sin otro el riego artificial, y en parte



Minarete de la mezquita de Werdani en el Cairo.

también el abono. Aquí son regados los campos por norias; búfalos ó camellos dan movimiento á las obras

hidráulicas; pero algunas veces viene á turbar el sosiego campestre el estridente quejido de un buque de vapor en la ribera.

Aquí se levanta el agua para regar las plantas de algodón, cuyas flores se parecen á las de la rosa silvestre; más allá se sube el agua para regar el añil, el cáñamo y el trigo. En abigarrados colores florece en extensos campos el «padre del sueño» (abú 'n-núm) como llaman los árabes la adormidera, y da gusto ver las calabazas y melones y ricas hortalizas que cubren el suelo. Los más de estos campos dan dos cosechas al año, y no pocos dan tres; pero en este caso, exigen cierta rotación, y según sean las circunstancias, se les trata como barbechos. En este momento nos acercamos á un pueblo situado en la misma orilla del río y que nos convida á desembarcar.

Traducido del alemán por
ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.

(Continuación).

EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Mar y Tierra.

(CONTINUACION).

V.

Descritos ya someramente la extensión y límites actuales de los Océanos, sus costas, su litoral (1) y accidentes

(1) La comparación de las cuatro principales partes del mundo, bajo este concepto, da los resultados siguientes, que tomamos de la interesante compilación publicada en Gotha por M. Berghaus, con el título de *Physikalischer Atlas*:

Europa, 31.800 kilómetros.

Mar Glacial.	5.800	Total para la Europa 31.800 k.
Océano Atlántico y mares agregados.	13.400	
Mediterráneo y mar Negro.	12.600	

Asia, 56.900 kilómetros.

Mar Glacial.	12.000	Total para el Asia 56.900 ks.
Grande Océano.	15.600	
Mar de las Indias.	25.000	
Mares interiores y mar Negro.	4.300	

África, 26.040 kilómetros.

Océano Atlántico.	10.900	Total para el África 26.040 ks.
Mar de las Indias.	8.200	
Mar Rojo.	2.500	
Mediterráneo.	4.440	

América, 69.450 kilómetros.

Grande Océano del Norte.	8.200	Total para el Grande Océano u Océano Pacífico 16.800 ks.
Grande Océano equinoccial.	4.200	
Golfo de California.	2.500	
Mar de Behring.	1.900	

Mediterráneo americano (á saber: mar de los Caribes 2.050, golfo de Méjico 4.600).	7.250	Total para el Océano Atlántico 22.050 kilómetros.
Océano Atlántico del Norte, desde la Florida hasta el río de Hudson (el golfo de San Lorenzo comprendido por 1.770).	7.850	
Bahía de Hudson y canales que desembocan en ella hasta la costa de Davis.	6.950	
Mar polar del Norte desde el Cabo de Gales hasta el Cabo Turnagain.	5.500	

Total para la América del Norte 44.350 ks.

Grande Océano.	9.300	Total para la América del Océano Atlántico (el mar de los Caribes entra por 592).
Océano Atlántico (el mar de los Caribes entra por 592).	15.800	

Total para ambas Américas. 69.450 kilómetros.

más notables, veamos también ahora de un modo general su profundidad y sus corrientes, conforme á los datos más verídicos que nos ofrecen la ciencia y los más importantes descubrimientos modernos.

Está al presente demostrado que las profundidades del mar son superiores á la elevación de las más altas montañas. Antes de alcanzar la certeza que más tarde se ha logrado, vencidas en parte las dificultades que se hallaban en los sondeos, determinados por las desviaciones de las corrientes submarinas, ya Laplace había deducido, fundado en algunas consideraciones astronómicas, que la profundidad media del Océano no podía pasar de 3,000 metros. Humboldt admite la misma cifra; y el doctor Joung atribuye al Océano Atlántico una profundidad media de unos mil metros, profundidad que cree cuádruplicada en el Océano Pacífico.

El almirante francés Dupetit-Thouars, durante su viaje científico á bordo de la fragata *Vénus*, hizo dos sondeos muy notables. El uno, en el grande Océano Meridional, no dió fondo á 2,411 brazas, es decir, á un poco menos de 4,000 metros; el segundo, en el grande Océano Equinoccial, indicó un fondo de 3,785 metros. En el Atlántico, á 900 millas al Oeste de Santa Elena, cuando la última expedición en busca de un paso polar al Noroeste, el capitán Ross pudo hallar, entre los 76° y 77° de latitud Norte, una profundidad de 9,143 metros con un escandallo que pesaba 225 kilogramos. En fin, también en el Atlántico, no lejos de las costas de los Estados-Unidos, entre los 61° longitud Oeste de París y 31°50' latitud Norte, el teniente Walsch, de la marina americana, halló una profundidad de 10,424 metros. Es la mayor profundidad conocida, superior á las cimas más elevadas de la India ó de la América, ninguna de las cuales excede de 8,000 metros. Un resultado análogo dió la medición verificada por el capitán Deham, comandante del *Herald*, el 30 de octubre de 1852, hallándose en el Océano Atlántico (latitud austral 36°49'; longitud occidental 37°60' de Greenwich). La sonda tardó en descender 9 horas 25 minutos. Un cálculo exacto demostró que en aquel lugar la profundidad era de 43,380 piés franceses (7,706 *fathoms*, medida inglesa). Esta profundidad sobrepasa en 17,000 piés franceses á la altura del Kintjindjinga, la cima más elevada del Tibet y que tiene 26,438 piés franceses de elevación.

Según los modernos estudios orográficos del capitán Maury, las mayores profundidades en el Océano Atlántico septentrional se hallan entre el banco de Terranova y las islas Bermudas, en todo el trayecto del *Gulf-Stream*. La sonda desciende á más de 9,000 metros. Hállase al Oeste de las islas Canarias, otro punto muy profundo, en donde la sonda indica unos 6,000 metros (1). Entre Irlanda y Terranova se extiende una meseta cuya profundidad no pasa de 3,000 metros; por encima de esta extensa loma se ha hecho pasar el cable del telégrafo eléctrico que une á Inglaterra con los Estados Unidos. En el Océano Atlántico meridional parece probable que las mayores profundidades se hallen al Sur del paralelo de 35°. Los sondeos que más satisfactorios resultados han dado en esta parte del Océano, son los últimos verificados, que han revelado profundidades de 7,000 y de 5,490 metros. En el golfo de Méjico la profundidad máxima

obtenida es de 1,800 metros. En el Océano Pacífico, los oficiales americanos han verificado sondeos con muestras de fondo, á profundidades de 6,039, de 4,860 y de 3,770 metros. En el Océano Indio los mismos oficiales afirman haber llegado la sonda á una profundidad de 12,672 metros, lo que nos parece dudoso, tanto más cuanto la cuerda se rompió y no pudo obtenerse muestra del fondo. Estos dos últimos mares son todavía muy poco conocidos bajo el punto de vista de su profundidad, y es preciso esperar el resultado de nuevas investigaciones. En los mares polares, Scoresby sondeó entre los 76° y 77° de latitud Norte hasta 2,200 metros sin hallar fondo y Ross lo halló á 1,739 metros en el paralelo de 67° Sur. La profundidad de estos mares sería, pues, considerable, si estos sondeos hubiesen sido hechos exactamente.

El mapa orográfico del Mediterráneo, cuyos sondeos para la colocación de las numerosas líneas eléctricas que lo surcan han facilitado poderosa y rápidamente su formación, presenta un suelo submarino sembrado de grandes desigualdades. Y era de prever que sucedería así, porque este mar está cruzado de Este á Oeste por uno de los principales ejes volcánicos del globo. En algunos puntos las erupciones, más ó menos periódicas, ocasionan todavía cambios considerables y hasta hacen aparecer nuevas islas. En una región situada entre Sicilia y las costas de Grecia, la sonda ha descendido hasta 4,000 metros; es la mayor profundidad que se ha hallado. El suelo submarino se eleva unos mil metros, cuando dejando esta parte media se penetra ya en la cuenca occidental, ya en la cuenca oriental. Entre Sicilia, Cerdeña, y la costa de Italia, cerca de las islas Eólicas, algunas de las cuales son todavía volcanes activos, el fondo del mar está surcado por anchos fosos de ásperas escarpas, en los que los sondeos revelan más de 2,000 metros. El archipiélago griego presenta un abismo semejante al del Sur de la isla de Nicaragua, y á poca distancia de la costa de Asia. Entre Gibraltar y Ceuta el capitán Smith contó 1,470 metros y tan sólo de 915 á 293 en las partes más angostas del estrecho; pero á medida que se adelanta hacia el Este, la profundidad aumenta rápidamente y pasa de 3,600 metros al Sureste de Málaga. No obstante, pronto el suelo vuelve á levantarse y ya no dista, al Norte de Melilla, más que unos 360 metros del nivel del mar. La gran concha que forma el mar al Noroeste de la costa argelina, termina con una larga meseta cuyos más altos picos son las islas Baleares y Córcega. Esta meseta vá angostándose entre dichas islas, y al Norte se halla otra cavidad irregular ocupando el espacio comprendido entre Mallorca y la costa de España y los golfos de Lion y de Génova. La profundidad del mar no pasa de 1,800 metros; tampoco es mayor en las cercanías de Cerdeña y Córcega. Según Renard, entre Malta y Candía existe un fondo de 3,970 metros y entre Rodas y Alejandría la sonda mide 2,930 metros. Finalmente, cerca de Niza, Saussure encontró el fondo á 990 metros. Dícese que este fondo es menos bajo en el mar Adriático y que no llega sino á 44 metros entre las costas de la Dalmacia y la embocadura del Po.

El mar Báltico es uno de los mares menos profundos; su máximo no pasa de 200 metros; se observa que lentamente vá elevándose su lecho al Norte al paso que desciende al Sur, de modo que el golfo de Bothnia disminuye poco á poco en extensión y profundidad.

Las aguas de los principales mares que acabamos de citar están sin cesar agitadas: su inmensa superficie, como dice Schleiden, se hincha ó se encoge, como si estuviese dotada de una suave respiración. Sus movimientos, suaves ó fuertes, lentos ó bruscos, obedecen

(1) Los recientes sondeos del *Challenger*, corbeta mixta de 2,900 toneladas que el almirantazgo inglés puso á disposición de una comisión científica en 1872, para explorar el Atlántico, han procurado importantes noticias sobre algunos puntos todavía desconocidos del Océano. Además, merced á la perfección de los aparatos empleados, han podido comprobarse las observaciones debidas á algunas expediciones anteriores. Como resultado general se ha notado que las cifras dadas por estos nuevos sondeos, los que al parecer merecen entero crédito, son muy inferiores al máximo admitido precedentemente con respecto al Atlántico del Norte. (Alois Humbert, *Archivos de las ciencias físicas y naturales de Ginebra*, 1874).

á diversas causas, siendo una de las principales los cambios de temperatura. El calor cambia el volumen y por consiguiente el peso del agua que se dilata ó se condensa. A medida que se enfria el líquido se hace más pesado y baja á las profundidades hasta que llega á 4°25', temperatura que conserva bajo todas las latitudes á 1,000 metros de profundidad (D'Urville). Si el agua continúa enfriándose y llega á cero, se hace más ligera de lo que era á 4°25' y vuelve á subir; de modo que la congelacion, por una admirable prevision de la naturaleza, no puede tener lugar sino en la superficie. Así como la temperatura de la atmósfera disminuye á partir del nivel del mar, la de éste disminuye en general á partir de su superficie. Mientras que la temperatura del agua en la superficie del mar está bajo 4°25', las capas inferiores, calientes y ligeras, ascienden á la superficie y el agua fria desciende al fondo; á partir de 4°25' en adelante, es en sentido inverso: las capas frias suben y las calientes bajan á su vez; así es que en el mar, la variacion es muy corta, tanto de dia como de noche y lo mismo en una estacion que en otra: á una escasa profundidad, es casi nula. El primer fenómeno se verifica sobre todo bajo los trópicos y el segundo cerca de los polos, de lo que resulta, de una parte, el enfriamiento, y de otra, la persistencia de una temperatura ménos baja en las profundidades de los mares más calientes ó más frios. Las aguas calientes se hallan en el Ecuador cerca de la superficie; en el polo, están en el fondo, mientras que las capas superficiales son generalmente muy frias.

En los mares interiores no es tan grande la diferencia entre la temperatura de la superficie y la del fondo. El Mediterráneo, por ejemplo, recibe las aguas de la superficie oceánica por el estrecho de Gibraltar, mientras que las capas profundas se mueven del Mediterráneo al Océano. Por consiguiente, son las aguas calientes del Océano las que penetran en aquel mar interior, y ejerciéndose la accion del sol en una concha cerrada de un modo mucho más constante que en el Océano en donde las aguas polares van á calentarse en el Ecuador, el fondo debe estar á una temperatura ménos baja. Otro tanto debemos decir del Mar Rojo, en el cual las corrientes de Bab-el-Mandeb son análogas á las de Gibraltar. El Mar Rojo es uno de los más calientes del globo: la vida pulula en todos sus ámbitos.

El calor, pues, remueve el Océano hasta en sus abismos. De la elevacion de las capas calientes proviene la evaporacion que forma las nubes y las pérdidas que los mares experimentan por esto mismo, están sin cesar compensadas por las corrientes de agua fria procedentes de los polos. De otra parte, las lluvias engendradas por las nubes condensadas, son más calientes ó más frias que las capas superiores del mar. En el primer caso, el agua que cae permanece en su superficie; en el segundo desciende.

Los movimientos del aire en constante contacto con el agua, los vientos y los huracanes, ejercen tambien una influencia manifiesta sobre las agitaciones del mar, del propio modo que las aguas de los rios con su vária temperatura, su ligereza específica y su impulso. En fin, las atracciones combinadas de la luna y del sol, arrastran diariamente, alrededor del globo, dos ondas inmensas que hácia las lunas nuevas y las llenas, se elevan á su mayor altura y penetran en las playas bajas hasta una gran distancia. Estos grandes movimientos, designados bajo el nombre de mareas y tambien de flujo y reflujo, tienen lugar, en su máximo, durante el dia en una mitad del año y durante la noche en la otra mitad. Las mareas en pleno Océano, segun Maury, no se elevan sino á una altura de 65 centímetros á un metro; pero al llegar á los

continentes que les oponen obstáculo, invaden el litoral con la impetuosidad de un torrente y suben á una altura que varia desde 3 metros hasta 15; excepcion hecha, si bien que raras veces, de algunas mareas que se detienen, adelantan ó retroceden inesperada y extraordinariamente. «Estas corrientes cotidianas, dice el citado autor, barren y purifican nuestras playas, nuestras radas, nuestros puertos, las embocaduras de nuestros rios y esparcen por do quiera una frescura vivificante y saludable. Sometidas á las influencias de los cuerpos celestes que millones de leguas separan de nosotros, no por esto dejan de tener, en sus retornos periódicos, toda la regularidad matemática del movimiento de aquellos cuerpos. El enorme volumen de agua que levantan y que derribaría las más formidables barreras, se detiene sosegradamente, en el momento previsto, sin pasar el límite que le ha sido trazado (1).» Las mareas apenas se dejan sentir en los mares interiores, y esto se explica muy fácilmente; para que el fenómeno se verifique, es necesario evidentemente que las aguas estén desigualmente atraídas, que por consiguiente las distancias de la luna á diversos puntos de superficie líquida sean notablemente diferentes, y esto no puede ser cuando la mar tiene poca extension: la atraccion es la misma en todas partes y las aguas no pueden hincharse. Las mareas que se observan en la Mancha, en el mar del Norte, en el Báltico, etc., son producidas por la invasion de la ondulation del Océano. El Mediterráneo es bastante extenso para tener una marea propia, pero está encubierta por la onda oceánica. El flujo, de otra parte, no es sensible en este mar, sino cerca de las anfractuosidades, en los golfos, los estrechos muy ceñidos, en donde el fondo da fuerza á la ola.

No sucede así con las demás olas, las cuales agitan todos los mares y reconocen por origen algunas de las causas de los movimientos ántes indicados. No debe creerse, sin embargo, que sea meramente el impulso producido por el viento en la superficie del agua el que levanta esas olas gigantescas, que son el terror del navegante. No: la ola es en grande escala, lo que es la onda producida por la caída de una piedra en la superficie de un estanque; el viento modifica únicamente aquella onda, y, obrando sobre su capa superior, hace deslizar esta capa por encima de la base, dándole esas mil formas tan pintorescas que unas veces nos llenan de admiracion y otras de espanto. Ora es una ola azulada y diáfana que vá inclinándose poco á poco en su remate, y luego forma una inmensa voluta de movimiento impetuoso; ora su marcha es incesante y regular, su mugido continuo y monótono, su espuma impaciente y fugitiva; sube, desciende, vuelve á subir y va á morir sosegradamente en la playa; ya es una ola anchamente festoneada ó coronada de un penacho de rizada espuma que amenaza devorarlo todo en el mismo instante en que se descompone con estruendo y desaparece para dar lugar á otras olas pasajeras como ella; ya, en fin, algunas veces la ola es arrojada como un ariete contra los robustos mu-

(1) Se ha tratado de enlazar por medio de líneas, los puntos en que la pleamar tiene lugar simultáneamente. Estas líneas, llamadas cotidales (del inglés *tide*, mareas), todavia muy poco numerosas, dan algunas nociones sobre la marcha de la ondulation de la marea. La onda, segun su inspeccion, parece tener origen en el Océano Antártico y propagarse en todos los mares del Sur al Norte. Entra de una parte en el Océano Indio y dirígese en seguida hácia el Indostan; de otra parte llega al cabo de Buena Esperanza y penetra en el Atlántico. Corriendo rápidamente hácia el Norte, llega, doce horas más tarde, á Terranova, en la costa de América; da una vuelta, invade el canal de la Mancha y pasando por las costas de Irlanda, penetra otra vez en este canal por el mar del Norte, cuarenta y ocho horas despues de su partida del Océano Antártico. El Océano Pacífico recibe tambien una parte de la ondulation. La rapidez de propagacion es muy variable en cada mar; y esto, como es sabido, depende de la profundidad. Evalúase en 800 kilómetros por hora en el Océano Atlántico, en donde las aguas son profundas.



UNA AFICIONADILLA. — (Dibujo á la pluma, por Klic).

(Véase la página 255).



EGIPTO. — El piloto Omar.

ros de la costa, pero al renacer la calma ó á la marea baja, vuelve á su lecho, formando mil cascadas, mil arroyuelos, mil venillas sinuosas y plateadas.

Esas olas gigantescas, pues, que tan soberbias vienen á estrellarse con estruendo en la playa, tienen su centro ó punto de partida muy léjos, en medio del mar, en algun punto en donde una tempestad, una lluvia abundante, han causado de repente una variacion brusca en la presion atmosférica. Fácilmente se comprenderá que si, por una de estas causas, el barómetro ha debido bajar de repente de 3 á 4 centímetros, es como si la superficie del mar hubiese sido descargada del peso de una capa de mercurio de este mismo espesor ó de una capa de agua trece veces más considerable, es decir, de una densidad de cerca de medio metro. La superficie del mar, para volver á ponerse en equilibrio, debe, pues, bajo la influencia de la presion atmosférica, elevarse en primer lugar á esta altura de medio metro, por ejemplo; luego, en virtud del impulso adquirido, como el péndulo de un reloj separado de su posicion de equilibrio, levantarse además otro tanto, lo que hace un metro de diferencia; luego bajar y volver á levantarse hasta toda esta altura por un movimiento alternativo. Esta primera sacudida trasmite á toda la superficie que la rodea inmensas ondas que van propagándose á algunos centenares de leguas, así como las ondas producidas en un estanque por la caída de una piedra se propagan á algunos metros de distancia. Y estas ondas que en el mar llevarán el nombre de olas, irán léjos, todas paralelas unas á otras, á llevar la nueva de algun fenómeno meteorológico, de alguna sacudida atmosférica que no se hubiera podido sospechar á tan gran distancia. Si el viento añade fuerza á su accion, entónces aparecerán las olas revestidas de todos estos accidentes de fisonomía que les conocemos, y si el fondo del mar, en plano inclinado, fuerza á las olas á alzarse á medida que adelantan en virtud del impulso primitivo, muchas veces acrecentado por el viento, aquellas olas llegarán á la playa más grandes, más amenazadoras; si entónces se estrellan en las rocas cortadas á pico, en los muros de un faro ó de una fortaleza, se elevarán á una altura que no se habrá sospechado en un principio, y que justifica quizás la exageracion de los que han hablado de olas más altas que el más encumbrado campanario.

(Continuará).

SANTIAGO A. SAURA,

¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO XI.

En casa de Martin.

Gabriela recibió de golpe al llegar á su casa la terrible nueva.

Toda la vecindad habia visto descender á Martin del carruaje en brazos de sus amigos, y subirle así á su habitacion que se llenó de gente vecina, afanosa por ofrecer un auxilio á la buena de doña Mercedes.

La version que corrió como explicacion de la desgracia, fué que á Martin, tirando al blanco, se le habia

disparado una pistola, hiriéndose á sí mismo gravemente.

Esto se dijo tambien á doña Mercedes.

La madre se paró poco en averiguar la verdad de la causa: ¿qué le importaba en presencia del estado de su hijo?

A combatir los efectos se apresuró desde luego con un valor, con una serenidad que pudieran servir de ejemplo al padre más fuerte y valeroso.

Sin exhalar un lamento ayudó á colocar á su hijo en el lecho, y dió cuantas disposiciones domésticas exigia lo crítico de la situacion al tiempo que mandó urgentemente por el médico de la familia.

Despejada luego la habitacion y solo el herido con los facultativos, doña Mercedes quiso asistir á la primera cura, y allí permaneció á pesar de las exhortaciones de los profesores para que se retirara.

La operacion iba á ser algo grave, porque la herida era en la ingle, y tenia que extraerse la bala que habia quedado dentro. No era, pues, para presenciada sencillamente por una persona extraña á la ciencia y no acostumbrada á esos espectáculos; ménos por una mujer y ménos aun por una madre.

La de Martin replicó á los médicos:

—Cuanto más arriesgada y más dolorosa la operacion sea, ménos puedo yo ni debo abandonar el lecho de mi hijo.

—Puede engañarla á usted el valor...

—Mi valor de mujer está en mi amor de madre. No perdamos tiempo, terminó doña Mercedes cortando toda otra observacion en tal sentido.

Pocos momentos despues el aposento de Martin ofrecia este cuadro: el jóven tendido en el lecho como exánime á consecuencia de la pérdida de sangre y la accion del cloroformo; el médico que fué al duelo y el de la familia practicando la operacion quirúrgica, asistidos de Salazar que habia acudido al sitio del desafio, llegando en el momento de caer su amigo; y á la cabecera del lecho, la madre, inmóvil, muda, sin color en el semblante cuyos músculos contraídos se estremecian á veces á pesar de la voluntad, haciendo temblar una lágrima suspendida en la punta de los párpados, y teniendo entre sus manos la mano de su hijo.

Una hora despues el cuadro habia sufrido una variacion, quedando reducido á tres figuras: Martin sumido en una especie de sopor, primer período de la fiebre; Salazar sentado cerca del balcon entornado, y doña Mercedes á la cabecera del lecho.

Mas ahora el rostro de la madre no tenia aquella rigidez anterior, efecto de la violencia del espíritu y de la tension de la voluntad; sus facciones caian, digámoslo así, como hojas de lloroso sauce azotadas por la tormenta; las lágrimas se desprendian hilo á hilo por sus mejillas, y los suspiros del pecho seguian la fatigosa respiracion de su hijo.

Verificada la operacion con el acierto propio de la ciencia y fama de los profesores, el pronóstico de éstos dejando entrever la esperanza de una curacion feliz y no lejana, doña Mercedes consagró los primeros momentos de reposo á la expansion del pesar inmenso hasta entónces violentamente contenido en el alma. Dejó correr libremente el llanto y suspirar al corazon mientras la mente discurría acerca de las causas más verosímiles de la desgracia de Martin. Desde luego no creyó en la explicacion que dieron sus amigos.

—¿A qué, se preguntaba, ha salido mi hijo de casa furtivamente? Para ir á una expedicion campestre con sus compañeros, no necesitaba ocultarse de mí, se respondia lógica y racionalmente. ¡Se ha ocultado, añadía,

porque no ha tenido confianza bastante en su serenidad para mentirme, porque yo hubiera conocido, hubiera adivinado que iba á desafiarse!

Bastaron, pues, á doña Mercedes las inducciones de su propio criterio para descubrir la verdad en este punto.

No tan fácil era penetrar en la causa del duelo.

—¿Y por qué se habrá batido? continuó perdiéndose en un laberinto de suposiciones.

El enfermo comenzó á removerse en el lecho agitado por la calentura y á proferir frases incoherentes.

Salazar se levantó de su asiento y acudió á la alcoba.

Martín pronunció entonces este nombre:

—Lorenza.

—Lorenza, repitió mentalmente doña Mercedes, mirando á Salazar, como interrogándole con la vista. El estudiante de medicina quedó confuso y bajó los ojos.

Recato ya inútil.

No necesitaba la madre de su declaracion para saber que su hijo se habia batido por una mujer que llevaba aquel nombre.

—¡Quién será esa Lorenza! murmuró con nueva pena, sospechando en Martín una de esas pasiones que son á veces la desdicha de un hombre por toda la vida.

Doña Mercedes inclinó la cabeza á la pesadumbre de sus negros pensamientos y llevó la mano al corazon vivamente herido. Su hijo, en aquel estado, invocaba un nombre de mujer, de una mujer extraña, por cuya causa, sin duda, acababa de verter su sangre, olvidando entonces y ahora el sentimiento y el amor de su madre.

CAPÍTULO XII.

El amor y el consejo.

La pregunta misma que doña Mercedes, hacíase en tales momentos la pobre Gabriela desesperada y desecha en llanto:

—¿Quién será esa Lorenza?

La señora de Ribera, apenas recibió la confianza de Narciso, creyóse en el deber de trasladarla á la novia de Martín, y se presentó en su casa sin pérdida de tiempo.

La madre de Gabriela quiso que ésta oyera la relacion, sin vacilar ante el tremendo golpe que iba á recibir su hija, calculando que cuanto mayor el daño más eficazmente serviría de remedio al amor de la doncella hácia un mozo ya indigno de su fe y de su constancia.

Tremenda fué la prueba, y la madre misma se asustó de su primer efecto.

Gabriela arrojó un grito al oír que Martín habia sido herido en duelo; y al escuchar seguidamente que la causa era su pasión por otra mujer, quedó atónita, muda, fria; las lágrimas, que ya corrían de sus ojos, quedaron detenidas en los párpados como el aliento del pecho en la garganta.

Su madre temió un accidente de terribles consecuencias, y sacudió entonces sus miembros paralizados, hablándola vivamente para restablecer el movimiento de la imaginacion pasmada y de la sangre helada, hasta que la jóven lanzó un gran suspiro, un ¡ay! del alma desgarrada, y volvieron á correr las fuentes de sus ojos.

Después de la primera explosion del sentimiento entró la madre en las consideraciones que juzgó debia exponer á la razon de su hija.

Pero la madre hablaba y la hija no oía.

¿Dónde está á los quince años el camino para llegar á la razon de una doncella enamorada? Si en todas épocas es difícil hacer prevalecer la reflexion sobre el senti-

miento cuando se halla éste vivamente herido, ¿cuánto más no ha de serlo en ese primer período de la juventud de una mujer en que las facultades todas de su inteligencia se hallan subordinadas á los afectos naturales que brotan con toda la fuerza de su virginidad en el corazon exuberante de vida?

Las reflexiones que escuchaba no producian, pues, en la jóven, otro efecto que el del ruido de las palabras, que fatigaba la mente sin despertarla ó sin volverla de su delirio.

La pobre niña quiso retirarse á su aposento y estar sola para tener á lo ménos la libertad de su dolor.

Fingiéndose, ó sin fingir que se hallaba enferma, recogióse en el lecho y logró que dejaran de hablarla.

Así pasó entero el día.

Por la noche, á hora avanzada ya, sin testigos de su dolor, se levantó y asomó á su balcon para mirar al del aposento de Martín.

Salía la luz por un postigo no bien entornado, y Gabriela, por los eclipses momentáneos de la claridad, conocia cuando iban y venian de la alcoba los que velaban y asistian al herido.

¡Qué mezcla de sentimientos en aquel corazon tan inocente y enamorado! ¡Qué ruda batalla la del corazon en presencia del que amaba herido en el lecho, con los celos y el resentimiento del amor pérfidamente engañado!

A tal hora habia estado tambien asomada aquella otra noche, cuando presencié la escapatoria de Martín que entonces no comprendió la inocente. Ahora la comprendia, y al explicársela de súbito, sintió como un latigazo en las sienes, que resonó seguidamente como un estallido en las entrañas. Lanzó un ay dolorosísimo y se retiró del balcon, dejándose caer otra vez llorando en el lecho como un niño á quien se castiga duramente sin merecerlo.

Ella sabia ántes de engaños y falsías de los hombres y de las mujeres, como saben de esas cosas las niñas de su edad y su recato, esto es, por relacion de alguna historia contada ó leida en algun libro; no habia sentido otra impresion que la que causan cuitas de personas que no se conocen ó de personajes inventados; no habia visto aun el ejemplo, mucho ménos imaginado que pudiera darse en Martín y en ella.

Y al verlo ahora sentia ahogarse dentro del pecho el corazon en mares de amargura, cuyas oleadas subian á la mente elevando la imágen de otra mujer de seductora hermosura, de mirar ardiente y labios encendidos, y con ella la figura de Martín, enamorado, rendido á sus piés ó en sus brazos!

¡Así se representaba Gabriela á Lorenza; así á Martín, la imaginacion despertando súbitamente herida de su candoroso sueño y rompiendo y rasgando la venda de los ojos del alma inocente y pura!

¡El monstruo de los celos gozándose en atormentar á un ángel!... No hallamos mejor expresion para dar idea del sufrimiento de Gabriela que como en lecho de espinas se revolvía en el suyo, la madeja de la suelta cabellera formando á veces nudos á la garganta ménos apretados que los nudos de su pesar, los labios lanzando ayes á las agudas punzadas del corazon desesperado, y el blanco seno de virgen hinchándose como si fuera á romperse á la fuerza del dolor que no cabia en el pecho.

Gabriela quedó por fin rendida, extenuadas las fuerzas del espíritu y como dormida en un letargo profundo.

La naturaleza no tiene vigor para soportar mucho tiempo esas grandes crisis del ánimo, y se abate y queda como insensible cuando ha consumido su energía.

La madre de Gabriela sabia que habia de producirse forzosamente este efecto en su hija, y esperó: por esto



LÓNDRES. — El palacio del Parlamento visto á la luz de la luna.

(Véase la página 251).

razon la dejó como abandonada á su dolor durante la noche aguardando al siguiente día.

La jóven se levantó trasfigurada.

Pálida la color como la cera, apagado el brillo de sus ojos, los labios blancos como las mejillas, velada la frente por las sombras del negro pensamiento.

¡Qué horrible estrago el del sufrimiento en aquel rostro tan fresco siempre y tan risueño como una alborada de mayo!

La primera frase que dirigió á su madre fué preguntándola si habia mandado á saber cómo seguía Martín.

—Parece que presenta buenas esperanzas de curacion; ¡así las ofreciera de enmienda!... respondió la madre, sin esperar mejor coyuntura para abordar el asunto de su principal interés.

Gabriela bajó los ojos y suspiró.

La madre la tomó cariñosamente una mano y sentándola á su lado repuso:

—Hija mia, esos son desengaños que dan los jóvenes, ménos dolorosos ahora, en tu situación, que cuando se han formado lazos más íntimos y más fuertes.

Atinada reflexion, pero incomprensible para Gabriela, que no podia imaginar daño más grave que el que estaba sufriendo de parte del que amaba, ni tiempo ni ocasion alguna en que más vivamente lo sintiera y mayor desdicha le causara.

Así, ningún efecto hicieron en ella tampoco estas otras frases que la madre añadió como en confirmacion de aquella idea:

—Hoy, á lo ménos, si sufre tu amor secretamente, no así tu amor propio en presencia del mundo, porque no te ligan á Martín otros vínculos que los de la mútua simpatía, ni está enlazada á la suya tu honra ni de él dependen tu presente ni tu porvenir ni tu dicha. Tú retirarás de él, porque no lo merece, el afecto que habia despertado en tu corazon la creencia en otras más estimables cualidades, y todavía dentro de muy breve plazo te darás la enhorabuena por haber descubierto á tiempo y podido salvar el peligro.

Gabriela movió negativamente la cabeza con dolor.

La madre juzgaba con la razon fria, la hija con el corazon apasionado.

—Tú no comprendes ahora este juicio mio, pero ya lo comprenderás un día, repuso la madre.

Era posible que un día reflexionara así Gabriela, que viera más tarde á la luz de la experiencia; no en aquellos instantes en que, repetimos, el sentimiento herido y exaltado, dominando las facultades todas de una razon demasiado tierna para ser fuerte, no permitia al ánimo más que dolerse del daño presente ni á los ojos más que llorar su amarga desventura.

Conociéndolo la madre, profundamente resentida con Martín é impaciente por arrojarle del corazon de la doncella, reforzó más y más sus argumentos y acabó de extremar el juicio repulsivo que la merecia, concluyendo por preguntar á Gabriela:

—Creo que tú no te estimarás tan en poco que le guardes desde este instante el menor afecto...

Gabriela no respondió.

—Que habrás trocado en hondo desprecio el cariño que pudo inspirarte...

Gabriela seguía muda.

—¡Ah! ¡todavía le amas! exclamó la madre. Está bien. ¡Yo sé lo que me toca para suplir la falta de dignidad, de amor propio y de propio decoro de mi hija! Desde este instante sabe que te está prohibido asomarte á esos balcones, y ¡ay de tí, si en la calle, á donde no saldrás sino conmigo, te atreves á mirarle siquiera cuando le encuentres! A las niñas necias y tercas, que

por un loco devaneo desoyen los consejos de la experiencia y del cariño de su madre, se las debe tratar así para salvar á lo ménos su dignidad ante las gentes.

Dijo la madre, saliendo de la habitacion y dejando á la hija que rompió otra vez á llorar amargamente.

ANTONIO DE PÁDUA.

(Continuado).

AVENTURAS DE UN GRILLO,

POR

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

CAPÍTULO VIII.

Leccion de geometría ordenada.

—Lo que conviene ahora es almorzar, dijo la araña; sin pérdida de momento me voy á fabricar una tela sobre aquel grosellero. ¿Dónde nos encontraremos?

—En este mismo sitio, ¿no os parece bien? Lampiro y yo iremos á caza de provisiones, y confio en que no trascurrirán quince minutos sin que hayamos satisfecho nuestro apetito. Luego acudiremos á la cita.

—Perfectamente. Voy á tender un hilo desde mi tela hasta este tallo de yerba. A vuestro regreso tirareis del hilo y me reuniré con vosotros.

Dicho esto, la araña partió por un lado y la luciérnaga por otro; yo me mantuve á la entrada de la conejera para orientarme.

Hé aquí el resultado de mi exploracion. La conejera desembocaba en el linde de una arboleda que poblaba un montecillo situado á mi espalda; en frente y á corta distancia se extendía el fresal que, formando un rodeo, terminaba en la grande alameda, en donde, la noche de mi llegada, estuve á punto de ser aplastado por un vehículo. Más allá brillaban las aguas del estanque. A la izquierda veíase la verja por donde yo me habia introducido en la morada señorial; ésta aparecía á lo lejos, hacia la derecha, divisándose perfectamente desde el sitio en que me hallaba. Era una elegante vivienda, á la que se subía por una ancha escalera con galería que terminaba en dos torreones coronados de veletas.

Fácil me fué reconocer con exactitud el punto en que encontré á la cigarra, y por lo tanto la entrada de su habitacion. Mis salidas en los dias anteriores habíame familiarizado con todo lo que me rodeaba. Para mí era indudable que la puerta de la vivienda de mi prima estaba á la orilla del paseo, junto á un gran pedrusco blanco que divisaba muy bien. Pensando en cuanto me aconteció en aquella morada, no pude ménos de felicitar me por el venturoso desenlace de mis aventuras, al paso que acudió á mi mente el recuerdo del viaje circular que hice durante una hora en la ratonera puesta por el jardinero, de lo que me reí gustoso.

Encima de mi cabeza estaba la araña fabricando activamente su tela. Esto me recordó que todavía no habia comido; así pues, para llenar el estómago me regale con algunos brotes de yerba. Luego, divisando una piedra con una pequeña excavacion debajo, pensé que si me veía en un apuro, aquel agujero podría cobijarme; por lo cual me coloqué allí cerca, extasiado en contemplar el trabajo de mi amiga la araña.

..

Muchas veces habia visto arañas que fabricaban su tela, pero jamás me dí cuenta de cómo se las componían.

para tender el primer hilo. La ocasion era propicia para satisfacer mi curiosidad; de consiguiente, interpele á mi amiga, diciéndola:

—Quisiera saber, epeira, cómo os habeis arreglado para atar un hilo al grosellero sin ántes encaramaros en él.

—Nada más fácil, me contestó. No ignorais que tengo en la parte trasera una bolsita llena de un líquido que, al arrojarlo, instantáneamente queda seco, trasformán-



dose en un hilo sedoso que se dilata, hilo que para salir afuera pasa por un sinnúmero de agujeritos. Este hilo, que parece sencillo, en realidad compónese de un centenar de hilos sumamente delgados y que al contacto del aire se pegan entre si y forman el que teneis á la vista; de manera que puedo hacer salir de mi hilera el número de hilos que me plazca. Si se trata de tender el primer hilo, me valgo de uno imperceptible y tan delgado que flota en el espacio á merced del menor soplo. Hilo con rapidez una grande extension de él, de modo que el cabo libre no tarda en arrollarse á un objeto cualquiera, objeto que á veces se encuentra á mucha distancia de mí. Luego tiendo este primer hilo, me instalo debajo y busco un nuevo apoyo para amarrar el segundo, procediendo de la misma suerte respecto al tercero y disponiéndolos en triángulo. Me parece excusado decirlo que una vez tendido el primer hilo, lo refuerzo con otros, operacion que practico trepando por ellos. Ya formado mi triángulo, corto los ángulos por medio de hilos oblicuos para obtener un polígono, y en este polígono establezco los radios y finalmente la espira que los lia.

Di las gracias á la araña por su explicacion. Confieso que no comprendi del todo los términos triángulo, polígono, espira, de que se habia valido; mas como la veia

trabajar, adiviné lo que significaban. Lo que más me interesaba conocer, era el modo cómo habia tendido su primer hilo, y esto lo comprendí perfectamente bien despues de las explicaciones dadas por mi compañera.

Satisfecho de la leccion y no sabiendo en qué pasar el rato, empecé á cantar. Tres ó cuatro trinos habia lanzado al viento, cuando oí una voz que procedia de debajo la piedra. Escuché; y parecióme que me llamaban.

—¡Grillo! murmuraba álguien con ahogado acento: ¡grillo!

Metíme en la excavacion y volví á escuchar. La palabra grillo llegó á mis oidos de una manera más perceptible.

—¿Quién anda por ahí? pregunté; ¿quién me llama?

—Un pobre estafilino enterrado en vida y muerto de hambre. ¡Por Dios, auxiliadme!

—¿Y cómo?

—Abriendo una galería en la direccion de mi voz. ¡No me desampareis, hermano, no me desampareis!

Titubeé un momento, pues á decir verdad, maldita la simpatía que tenia por la raza de los estafilinos, séres inquietos, insolentes, batalladores, en una palabra, muy poco sociables. Sin embargo, la embarazosa situacion de que tan felizmente me librara yo mismo momentos ántes, me enternecia ante los infortunios de los demás; de consiguiente, corta fué mi indecision: empecé á escarbar la tierra en la direccion que me pareció yacia el estafilino.

Pocos minutos me bastaron para llegar hasta él; entónces salí á reculones y el prisionero imitó mi ejemplo.

—Gracias, me dijo al respirar el aire libre: acabais de prestarme un señalado servicio. A no ser por vos, esta piedra hubiese sido la losa de mi sepulcro.

—¿Cuál es el motivo de encontraros en semejante sitio?

—Era mi vivienda, pero me dejé encerrar en ella como un imbécil. Hace tres dias, un violento chubasco arrastró hasta aquí una porcion de tierra que tapó la salida de mi casa; cuando noté el daño, era tarde para intentar la salvacion. Bloqueado como estaba, traté de huir, pero inútilmente, pues ya sabeis que yo no soy zapador. A no haber sido por vuestro canto, veia próximo mi último momento.

Miéntas el estafilino hablaba, yo estaba inspeccionándole de piés á cabeza. Era alto, de color azul mate, fornido y armado con un par de mandíbulas respetables.

—Me pareceis extenuado, le dije.

—Fáltame el aliento, me contestó con acento sumamente débil. Tengo un hambre atroz.

—¿Cuál es vuestra comida habitual?

—Me sustento de larvas, de gusanos y otras cosas parecidas; pero ahora comeria cualquier manjar.

—Bueno; encaminaos á aquel fresal, donde he visto una limaza que os sentará á maravilla.

No se lo hizo repetir, sino que corriendo se encaramó en el fresal. Atormentábame una idea, y por esto seguí al estafilino para cerciorarme de que se engulliria la limaza: temia que mi buen amigo Lampiro fuese víctima del hambre devoradora de aquel insecto. Desvanecidos mis presentimientos, retrocedí y empecé nuevamente el canto.

Una hora estuve cantando, despues de lo cual, á falta de ocupacion mejor, fuí á visitar á la araña para saber lo que habia atrapado en su red. Viéndola inmóvil en medio de la tela, pensé muy cueradamente que mi pobre amiga aun estaba en ayunas, lo cual no me sorprendió. El sol, en mitad de su carrera y alumbrando un

cielo sin nubes, caldeaba la atmósfera más de lo regular; la naturaleza toda parecía adormecida; no divisándose en parte alguna el más pequeño mosquito. De tarde en tarde pasaban rápidamente una avispa ó una abeja, y el pasajero zumbido de sus alas era lo único que turbaba el silencio general.

—¡Diablo! decía yo para mi colete. Creo, mi buena amiga, que estás en vísperas de quedarte sin almorzar; y en cuanto á la comida, me parece que te ha de costar algun trabajo atraparla. Con todo, la paciencia y la astucia son tus distintivos. ¡Buena suerte!

Y desechando toda reflexion, continué mi paseo.

Adelanté por el linde de la arboleda que há poco mencioné. Entre ésta y la plantacion de fresales, que se extendia á la izquierda y á mis piés, habia una especie de meseta inculta donde medraban algunos brezos, yerbas rudas y un poco de retama. El suelo era seco, árido y arenoso. El sitio parecía inhabitado, y si se exceptúan media docena de criquetos y unas cuantas hormigas que iban como perdidas de acá para allá, no se veia alma viviente. Los criquetos pertenecian á la especie grande cuyo cuerpo es gris y las alas azules. Al momento que me vieron acudieron á mi encuentro, prodigándome muy buena acogida.

Estos animales son primos hermanos de los grillos, y he de confesar que jamás se ha entibiado nuestra amistad. Entre ellos y nosotros existe un aire de familia muy marcado; sin embargo, diré, para ser verídico, que en diversos conceptos nos son superiores: están dotados de más elegancia, de más gracia, de más ligereza en el andar y de más vivacidad, así como tambien cultivan con verdadera pasion el arte musical, considerándose artistas de primer orden. Sin embargo, encuentro que su canto es algo monótono, que le falta melodía, lo que á la larga acaba por fastidiar los oidos delicados; y sobre todo abusan de una nota estridente y chillona. Me apresuro á decir que en esto no hago más que apuntar mi opinion, tal vez exagerada ó hija de mi idiosincracia. Como artista, me encuentro naturalmente dispuesto á preferir mi estilo de canto á todos los demás, lo cual hace un tanto sospechoso mi fallo. Espero que el lector me perdonará la critica que antecede, teniendo en cuenta mi sincera declaracion de que, bajo otros conceptos, los criquetos son muy superiores á los grillos.

—¡Ah! ¿vos érais el que cantábais hace un rato? me preguntó uno de ellos. Nos habeis sumido en un mar de confusiones. ¿A qué feliz casualidad debemos la dicha de teneros entre nosotros?

Someramente les conté cuanto me habia acaecido durante los últimos dias, indicándoles de paso los motivos que tuve para abandonar á mi familia. Parecióme que mi relato excitaba en ellos un interés simpático.

Disponíame á dejarles, cuando ví adelantarse hácia nosotros un criqueto gigantesco.

—¿Quién es ese personaje tan corpulento? pregunté bastante sorprendido.

—Un extraño, me contestaron. Poco há cayó entre nosotros como una bomba, diciéndonos que venia de

muy léjos. Con las singulares historias que nos ha contado, hemos quedado tan adelantados como si nada hubiese dicho.

—Todo lo que os he contado es la pura verdad, dijo con bastante soberbia el forastero, quien se nos habia acercado y oido las últimas palabras pronunciadas por mis primos.

—Vamos, amigo, no os enojeis, repuso uno de ellos riendo; pero seria bueno que confesáseis que ayer quisisteis burlaros de nosotros al relatarnos aquella historia fantástica...

—Nada de eso; dije la verdad lisa y llana, replicó con viveza el gigante. Anduve centenares de leguas arrastrado por el vendabal, á quien debo tambien el verme separado de mis compañeros de viaje.

—Parad mientes en lo que vá á contar, murmuró á mi oido uno de los criquetos; y añadió en alta voz: ¿Y eran muy numerosos vuestros compañeros de viaje, verdad?

—Contábanse por millares de millones, de suerte que formábamos una nube en el espacio de varias millas en longitud y latitud, nube que velaba la luz del sol é introducía el terror en las comarcas por donde pasaba.

En una ocasion nos recibieron á cañonazos.

Admirado de que el forastero nos endilgara con la mayor seriedad historias tan sorprendentes, lancé una mirada estupefacta é interrogativa á mis primos.

Uno de éstos, con la vista fija en mí, tocóse la frente con el extremo del tarso.

Ante un gesto tan significativo y sin duda tambien gracias á la expresion de mi rostro, mis primos estallaron en una sonora carcajada, y huyendo en todas direcciones, dejáronme solo frente á frente del gigante.

Confieso que no las tenia todas conmigo.

—¡Insolentes! gruñó el atleta. ¡Ignorantes! Esos viles no han visto más que los brezos bajo los cuales nacieron, y tienen la desfachatez de mostrarse incrédulos y de insultar con sus risotadas al que sabe más que ellos.

—En verdad, repuse, que lo que nos habeis contado es extraordinario, y hasta me atreveré á decir que un tanto inverosímil.

—¿Y por esto no ha de dársele crédito? Digo lo que me ha pasado: ¿qué interés tendria en engañarles?

—Bien lo veo, ninguno.

—Vos que pareceis más formal, querido grillo, ¿no me tomáis por un impostor, eh?

—¡Oh no! me apresuré á contestar. En cuanto á los criquetos, hay que compadecerles; no tienen la cabeza muy sólida que digamos.

No vaya á creerse que mis palabras eran sinceras; pues al tratar de locuelos á mis primos me temia que el loco, y loco rematado, fuese el sér que tenia delante. Así pues, saludándole con la mayor cortesía me despedí de él.

Reflexionando sobre tan singular encuentro, recordé que anteriormente habia oido hablar de una raza de criquetos denominados *criquetos de paso* ó *langostas viajeras*, que acostumbran trasladarse de uno á otro país





RUINAS DEL MONASTERIO DE TODOS LOS SANTOS EN LA SELVA NEGRA.

(Véase la página 225).

en inmensas bandadas. Tal vez el que acababa de dejar era un individuo extraviado de esta especie.

Al cabo de diez minutos de marcha llegué á un sitio donde una senda, al desembocar desde la arboleda á la inculta meseta, interrumpia bruscamente aquella. A ambos lados de la hondonada veíase un declive enteramente inculto, y el borde superior de este declive, formado por una redecilla de raíces secas de brezo, adelantaba dominándole de tal suerte, que desde el punto extremo á donde yo habia llegado, divisaba la senda en una grande extension. Forzoso me fué detenerme. Como nada me



obligaba á pasar adelante, me disponia á desandar lo andado, cuando llamó mi atencion algo extraordinario y que me dejó como clavado en aquel sitio.

Traducido del francés por
MARIANO BLANCH.

(Continuará).

FÍSICA,

POR

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(CONTINUACION).

MÁQUINAS MAGNETO-ELÉCTRICAS.

Un ilustre físico inglés, Faraday, hizo en el año de 1830 el fecundo descubrimiento científico que ha sido el punto de partida de todas las máquinas que se conocen con el nombre de *máquinas magneto-eléctricas*, destinadas á convertir la fuerza ordinaria en electricidad. Este descubrimiento constituyó una prueba más de la identidad de esencia de todas las fuerzas de la naturaleza, que es el principio más grande de la Física moderna y el más alto título de gloria que en la historia de las ciencias pueda ostentar nuestro siglo. Él pone de manifiesto que en la esencia son una misma cosa la fuerza muscular de los animales, la fuerza vegetativa, la fuerza del vapor, la acción química, y finalmente la de una corriente eléctrica y la del mismo rayo.

El descubrimiento inmortal de Faraday consiste en lo siguiente:

1.º Si arrollamos un hilo ó alambre de cobre recubierto de seda sobre un carrete de madera ó de carton, como representa la figura 9, y ponemos los dos extremos de ese hilo en las manos de una persona ó en comunicacion con un reómetro, y aproximamos con rápido movimiento á dicho carrete uno de los polos de un fuerte iman, notaremos que la persona que con sus manos cierra el circuito sentirá una conmocion ó sacudida nerviosa debida al paso, por su cuerpo, de una corriente eléctrica que solamente durará el tiempo durante el cual el iman se movió. En el caso en que es el reómetro el que cierra el circuito, este instrumento nos hará visible el paso de aquella corriente eléctrica y su direccion por la desviacion de la aguja imantada del reómetro.

2.º Si por un rápido movimiento retiramos el iman que suponemos muy cerca ó tocando al carrete, la persona que tiene en sus manos los cabos desnudos del hilo del carrete, sentirá una segunda conmocion; y si sustituimos la persona por el reómetro, este instrumento nos acusará el paso de una segunda corriente eléctrica cuya duracion es la del tiempo que tarda el iman en separarse del carrete.

Para que estas dos corrientes tengan más intensidad conviene que el iman se aproxime todo lo posible al hilo del carrete, y para esto debe hacerse hueco éste á fin de que el iman pueda llegar hasta introducirse dentro de él.

Nótase al hacer estos dos sorprendentes experimentos, que la corriente eléctrica producida durante el movimiento de aproximacion del iman, desvia la aguja del reómetro en sentido contrario que lo hace la corriente eléctrica producida durante el movimiento de separacion; lo cual prueba que ambas corrientes circulan en opuesto sentido. Estas corrientes inducidas son más enérgicas, más intensas, cuando dentro del carrete se coloca un cilindro de hierro dulce; porque entónces este cilindro se imanta durante el movimiento de aproximacion del iman y se desimanta durante el movimiento opuesto, lo cual produce el mismo efecto que si operásemos con un iman inductor de una potencia magnética mucho mayor de la que realmente tiene. Las corrientes eléctricas cuya produccion acabamos de exponer han

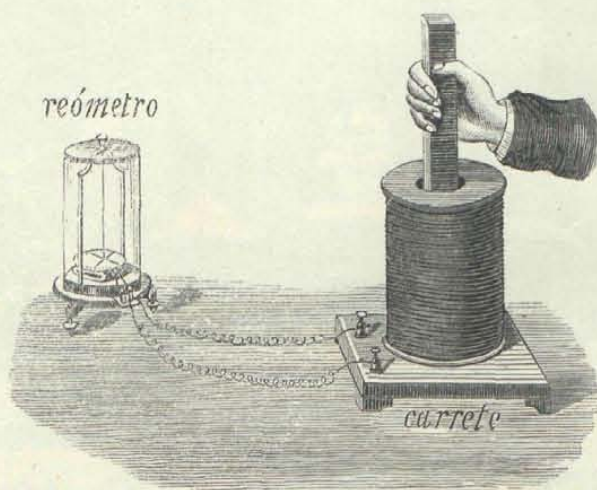


FIG. 9.

recibido de los físicos el nombre de *corrientes inducidas* ó *corrientes de induccion*. El iman que las produce se llama *iman inductor*. La primera corriente se llama *inducida inversa* ó simplemente *inversa*, y la segunda *inducida directa* ó simplemente *directa*.

Resulta pues:

Primero. Que cada movimiento del iman inductor

origina una corriente eléctrica en el circuito inducido.

Segundo. Que la corriente debida á la aproximacion del iman inductor se mueve en el circuito en direccion opuesta á la corriente originada por el movimiento de separacion.

Tercero. Que estas dos corrientes no duran más que el tiempo del movimiento del iman.

Cuarto. Que las corrientes de induccion son tanto más cortas en duracion y tanto más enérgicas ó intensas, cuanto más rápidos son los movimientos de aproximacion y de separacion.

Quinto. Que podemos, apoyándonos en las cuatro conclusiones anteriores, construir máquinas en las cuales se produzcan corrientes eléctricas por el rápido movimiento de uno ó de muchos imanes cerca de uno ó de muchos carretes provistos de sus correspondientes almas de hierro dulce. Tal es el fundamento de todas las *máquinas magneto-eléctricas*.

Sexto. Que podemos obtener los mismos resultados si en vez de mover los imanes cerca de los carretes operamos al revés, esto es, poniendo los carretes en movimiento y dejando quietos los imanes.

Muchas son las máquinas que se han inventado y construido fundadas en estos principios. En ellas se obtiene, segun se deduce de cuanto acabamos de explicar, no una corriente continua, como la que nos da una pila en el conductor que reúne sus polos, sino una serie de corrientes de cortísima duracion, alternativamente en sentidos opuestos y que se suceden unas á otras con gran rapidez en el conductor interpolar, esto es, en el conductor que ponga en comunicacion los extremos del hilo del carrete.

Estas máquinas se llaman de *corrientes alternativas*. Hay máquinas magneto-eléctricas cuya disposicion es tal, que naturalmente producen en el conductor interpolar una *corriente continua*. Tal es la máquina primitiva de Gramme, de la que luego hemos de tratar. En estas máquinas puede decirse que uno de los extremos del conductor interpolar es constantemente polo positivo y el otro es siempre polo negativo. Por otra parte, las máquinas de corrientes alternativas, pueden, aunque con ciertos inconvenientes, producir la *corriente continua*. Para ello deben estar provistas de un mecanismo ú órgano especial que se llama *conmutador*. Este órgano no puede á la verdad impedir que las corrientes sean alternativamente contrarias en el hilo inducido, pero permite que vayan todas en el mismo sentido en el conductor interpolar que es donde definitivamente hemos de utilizar la corriente eléctrica producida.

FRANCISCO DE PAULA ROJAS.

(Continuará).

RECUERDOS DE LONDRES.

EL PALACIO DEL PARLAMENTO VISTO Á LA LUZ DE LA LUNA.

(Véase el grabado de las páginas 244 y 245).

¿Habeis visitado alguna vez la nebulosa capital de la monarquía británica, la ciudad más populosa y la más comercial del mundo entero, cuyo radio pasa de 200 kilómetros? Vedla con sus innumerables embarcaciones que cruzan el majestuoso Támesis, con la infinidad de mástiles que desde lejos divisa el viajero, con sus inmensos *docks*, donde con toda seguridad están deposti-

tadas las mercancías, con sus locomotoras que arrastran hácia diez, hácia quince estaciones inmensos convoyes de pasajeros y de efectos, con su inusitado movimiento y sus miles de vehículos que se mueven con asombroso orden. La carga y descarga de buques ocupan anualmente en Lóndres á más de 10,000 marineros y á 5,000 faquines, y en los muelles y canales del caudaloso Támesis fondean, término medio, unas 10,000 embarcaciones.

Las calles de la gran metrópoli inglesa son por lo general anchas y con soberbios edificios, figurando las mejores en los cuarteles de *Westminster*, *Marylebone* y *West-End*, asilo de la nobleza y de la opulencia; las más angostas están en la *City*, el barrio más antiguo de Lóndres y el principal depósito mercantil: sin embargo, la parte más oriental, llamada *East-End*, está tambien habitada por negociantes, sobre todo por aquellos que se dedican al tráfico por mar. Allí se encuentran los almacenes, los astilleros y los *docks*. El *Southwark* encierra asimismo muchas agencias marítimas y almacenes de depósito, y en especial fábricas de toda clase.

De los monumentos públicos merecen citarse la célebre abadía de Westminster, el grandioso templo de San Pablo, la iglesia de San Estéban, obra maestra de Cristóbal Wren; la Bolsa, la Aduana, el Banco, la Mansion-House ó Palacio del lord corregidor; el Guild-Hall (casas consistoriales); el palacio Somerset, el Museo Británico, el palacio de Sain-James, antes morada de los reyes; el palacio de Buckingham ó Queen's Palace, donde residen los soberanos durante su permanencia en Lóndres; el palacio de White-Hall, que tambien ha sido mansion real; el palacio de Westminster ó del Parlamento, que tan poéticamente representa nuestro grabado; el palacio de Kensington, situado en los jardines de Kensington, en el cual nació la actual soberana de los ingleses; el palacio Lambeth, que se levanta á orillas del Támesis, casi en frente de Westminster; la Torre de Lóndres, etc.

El palacio del Parlamento, donde celebran sus sesiones ambas cámaras inglesas, lo mandó levantar Guillermo II, y en él fué juzgado Carlos I. El 16 de octubre de 1834, un incendio destruyó la parte ocupada por los representantes de la nacion. Empezóse la fábrica del nuevo palacio, erigido en el mismo sitio, segun los planos del arquitecto Carlos Barry, en 1846, quedando terminado hace doce años, es decir, en 1867. Es un edificio magnífico de estilo gótico, con cuatro fachadas. La que da al Támesis mide 300 metros y tiene tres torres principales, la *Victoria*, de más de 113 metros de altura; la *torre central*, que se eleva á 100 metros, y la *torre del campanario*, de 106 metros. Hay asimismo otras torres de ménos elevacion que, cortando las líneas de una veintena de techos, forman un conjunto arquitectónico armónico.

La parte de la ciudad que ha abarcado el artista para formar su cuadro, comprende el puente Victoria, la famosa abadía, el palacio legislativo y el Támesis. A la luz del astro de la noche el palacio del Parlamento inglés tiene una poesía que en vano buscaríamos en cualquier momento del dia, prestándole mayor encanto, si cabe, la brillante luz eléctrica que desde há poco alumbrá el puente y todos sus alrededores. La enhiesta torre bautizada con el nombre de la actual emperatriz de la India, así como la del campanario, se divisan de muy lejos y son el principal ornato de la majestuosa composicion que hoy ofrecemos á nuestros favorecedores.—B.

EL CANAL INTEROCEÁNICO.

Sería preciso negar la evidencia, ó cerrar los ojos á la realidad para sostener que el presente siglo, aprovechándose de la rica herencia que ha acopiado la humanidad en el transcurso de los tiempos, no ha trabajado como el que más en pro de los intereses materiales que mueven á aquella en la realización de sus empresas. Es verdad que no han crecido al propio compás en su prodigioso desarrollo los intereses morales, y que, aparentemente, decrecen éstos al paso que aquellos aumentan; mas sin que esto sea dar la razón á los ciegos entusiastas de lo pasado, ni que pretendamos al presente ocuparnos en el exámen de esta que parece patente contradicción, no tenemos por que ocultar que en realidad existe desequilibrio; añadiendo al par que éste, lejos de ir en aumento, vá menguando paulatinamente, siendo de presumir que en el transcurso de no muy dilatado período han de cesar por completo las oscilaciones de esa balanza, en cada uno de cuyos platillos se contrapesan mutuamente los intereses morales y los materiales intereses.

Para discurrir en estos términos nos fundamos en la experiencia de todos los tiempos; pues sabido es, y no hay para que en ello insistamos, que el cambio más insignificante en la vida y modo de ser de los pueblos introducido, basta á crear perturbaciones, que dejándose sentir en los primeros momentos con verdadera intensidad, acaban al fin por desaparecer completamente, sin dejar de su existencia la huella más insignificante. ¡Qué de cambios, mudanzas é innovaciones no produce el planteamiento de una nueva industria, un simple nuevo procedimiento en la manera de explotarla, una variación introducida por el capricho ó por la volubilidad de la moda! Y si esto acontece tratándose de hechos cuya trascendencia es por demás limitada, fácilmente puede comprenderse cuáles han de ser los efectos de aquellos cuyo alcance abarca toda la redondez de la tierra, como

lo son muchos de los que el hombre ha realizado en lo que vá de siglo, á los cuales nos referíamos en el comienzo del presente artículo y á cuyo número pertenece

Debemos confesar que á la vista de esas obras colosales que en estos nuestros tiempos realiza el hombre casi con la misma facilidad y rapidez con que las concibe,

siendo castigo á ella impuesto la lucha incesante, al término de la cual se encuentra la recompensa, más noble y digno y glorioso consideramos el premio tras poderosos esfuerzos conquistado, que no el concedido por mera gracia, sin trabajo ni fatiga alguna de parte de aquel que lo obtiene. ¿Y qué duda hay en que el hombre, poniendo en ejercicio las facultades eminentes de que el Supremo Hacedor le dotara, comenzó la lucha con las fuerzas de la naturaleza en el instante mismo en que arrojado de la mansion paradisiaca, encontráse á sí mismo abandonado, y en ella ha continuado sin vagar un solo punto, y en ella perseverará hasta la consumación de los siglos, ó por lo ménos en tanto exista sobre este mundo pequeñísimo, dispuesto por la mano del Omnipotente para que hiciera de él su habitación y morada? ¿Qué es en suma la historia de la humanidad y sus progresos, el proceso de la civilización, más que el relato de las luchas que aquella ha sostenido con las energías de la naturaleza para domarlas, para dirigir las, para utilizarlas en provecho propio, para convertirlas en dócil instrumento de su voluntad, con el propósito deliberado de disminuir por tal medio su fatiga y su dolor? ¿No ha utilizado las corrientes de los ríos para que sobre sus espaldas condujeran los frágiles barquichuelos de que se valían y valen aun las sociedades primitivas y los pueblos salvajes? ¿No se ha aprovechado de los vientos para impulsar sus buques al través de mares inmensos, en busca de regiones ó poco exploradas ó completamente desconocidas? ¿No se ha valido del vapor contenido dentro la gota de agua pura y cristalina para impeler esas máquinas portentosas y gigantescas que se llaman *Great Eastern*, y *Dandolo*, y *Monitor*, ó esas ciudades ambulantes que con rapidez vertiginosa se trasladan en breves días desde Cádiz á Petersburg, y un día llegarán á Ochotsk, en las regiones más septentrionales del mundo antiguo, y en el nuevo, desde Portland y New-York, hasta San Francisco de



CANAL INTEROCEÁNICO. — Mapa que representa la ruta Wyse (istmo de Panamá), adoptada por el Congreso Internacional de París, y las rutas desechadas.

el que es objeto del mismo, es decir, el corte del istmo de Panamá ó sea la apertura en él del canal Interoceánico.

nos sentimos orgullosos y satisfechos de pertenecer á la humanidad, y casi nos hallamos inclinados á perdonar á nuestros primeros padres la desobediencia, ya que

California, atravesando montes, salvando rios, cruzando llanuras y bosques que jamás habia pisado la planta humana? ¿No ha convertido al rayo destructor en dócil mensajero, mediante el cual al través de los continentes y por el fondo de los mares, se pone en comunicacion instantánea con aquellos de los individuos de su familia que viven en las regiones más apartadas?

¿Y cuál ha sido el móvil que en estas y otras luchas no ménos importantes le ha impelido? El deseo, la necesidad irresistible é indispensable de ponerse en relacion con sus semejantes; el deseo, la necesidad irresistible é indispensable de estrechar los vínculos que unen á los individuos de su misma especie. ¿De qué le servirían sus conquistas llevadas á cabo en el campo de la agricultura y en el de la industria, si luego debia abandonarlas? ¿Qué provechos, qué ventajas podria reportarle la produccion, si para ella no encontraba consumo? ¿Cómo satisfacer sus necesidades careciendo de medios para proporcionarse los objetos que pudiesen acallarlas? De manera que la necesidad de abrir vias de comunicacion para estrechar las relaciones entre pueblo y pueblo por medio de la pacífica y civilizadora senda del comercio, ha sido en todos tiempos la causa determinante de empresas atrevidas, arriesgadas y fecundas en maravillosos resultados, siendo de presumir que otro tanto ha de acontecer mientras pise el hombre la superficie de la tierra.

Para no multiplicar ejemplos que se nos vienen á la memoria sin esfuerzo alguno, pero cuya sola enunciaci6n daria al presente escrito dimensiones mucho mayores de las que podemos abarcar, nos limitaremos á la obra que dejamos indicada; que, siquiera en proyecto, puede considerarse en vias de realizaci6n, y que aun no comenzada, damos ya por concluida. Que son tales las fuerzas y elementos de que hoy dispone el hombre, que para él es mera cuesti6n de tiempo y de dinero, el abatir y nivelar enhiestas montañas de granito ó duro cuarzo formadas, ó llevar al interior de los continentes las instables aguas del mar, convirtiendo en lago importantísimo las áridas é inhospitalarias arenas del desierto.

La disposici6n especial de los continentes europeo y americano con sus apéndices del África y la América del Sur, articulados por medio de los istmos de Suez y Panamá, constituia un inconveniente gravísimo para las relaciones mercantiles, puesto que los pueblos situados en las regiones occidentales de Europa, debian recorrer en toda su extension las costas de África y doblar el cabo de Buena Esperanza para aportar á las orientales de Asia (India, China, Japon, archipiélago Filipino), del mismo modo que los que existen en la banda oriental de la América del Norte (Terranova, los Estados más florecientes de la Union) no pueden prescindir de dar la vuelta al cabo de Hornos, despues de haber navegado á lo largo de las de la América del Sur, para llevar sus productos á los pueblos situados al lado occidental de la cordillera de los Andes, como no sea aprovechándose del ferro-carril trasatlántico á que ántes nos hemos referido. Mas el obstáculo que creara al comercio del mundo el istmo de Suez, constituido en su mayor parte por las movedizas arenas del desierto, pertenece ya á la historia, toda vez que en los lugares donde existia se ha abierto un canal que al poner en comunicacion las aguas del Mediterráneo con las del Atlántico, confundidas anteriormente en los lugares en que abrió la naturaleza el estrecho de Gibraltar, convirtió en inmensa isla el vasto continente africano. ¿Podrá decirse otro tanto del que debe practicarse rompiendo la dura cordillera que de uno á otro extremo viene á ser como la espina dorsal del dilatado continente

descubierto por el marino genovés, y sirve al par de lazo de union entre las dos Américas? ¿Llegará el dia en que al romperse el último fragmento de la roca granítica que constituye el istmo de Panamá, quede aislada y desprendida de la del Sur la América del Norte, del mismo modo que se desprenden una de otra formando dos entidades perfectas y completas, dos piezas de gran precio que constituyen juntas una joya de gran valor?

Para nosotros es indudable, es simplemente, como decíamos ántes, mera cuesti6n de tiempo y de dinero, y para hablar con esta convicci6n, tenemos en cuenta que la realizaci6n de semejante obra es de imprescindible necesidad. Ya Hernán Cortés, despues de haberse vencido de que no existia estrecho alguno que pusiera en comunicacion las aguas del Atlántico con las del Pacífico, que acababa de descubrir sorprendido y absorto Vasco Nuñez de Balboa, trató de establecer una comunicacion directa entre los dos mares, practicando un canal en el istmo de Tehuantepec. De ent6nces acá y al paso que se ha desarrollado el comercio en las naciones que fueron un dia colonias de la naci6n española, sin abandonarse un solo punto el pensamiento que acariciara el conquistador de Méjico, se han multiplicado los proyectos para su realizaci6n, pudiendo muy bien asegurarse que no existe un solo punto en la dilatada depresi6n del terreno existente entre Colombia y el antiguo imperio mejicano, que sirve de lazo de union entre las dos porciones del Nuevo Mundo, que no haya servido de base á los ingenieros para la realizaci6n de sus planes más ó ménos fantásticos, y para la imaginaci6n de sus canales más ó ménos costosos. El istmo de Tehuantepec que ántes hemos mencionado; el de Honduras, desde Puerto-Caballos hasta la bahía de Fonseca; el fértil valle de San Juan con la estrecha zona que separa las aguas del Atlántico de las de los lagos de Nicaragua y Managua; el istmo de Chiriqui; el de Panamá; el formado por el golfo Darién, y otros aun, han sido á la vez ó consecutivamente preconizados como los más favorables para la realizaci6n del canal. Quien ha sostenido que las obras necesarias para practicarlo, importarian 750 millones de pesetas; quien ha dicho que podrian llevarse á cabo, aprovechando los lagos de Nicaragua y Managua, con invertir la suma de 320 millones; unos han sostenido que reduciria extraordinariamente los gastos, disponer la navegaci6n por medio de esclusas; otros, teniendo en cuenta que hubo un tiempo en que los buques españoles, aprovechando los vientos alisios, remontaban la corriente del rio San Juan, como lo hacen hoy mismo los vapores, y penetraban hasta el interior del lago de Nicaragua, han sostenido que sin necesidad de practicar obras portentosas, con sólo mejorar el puerto de entrada y rectificar en determinados puntos el curso de dicho rio, se facilitaria el acceso al lago á buques de 400 á 500 toneladas, y si bien es verdad que en semejante situaci6n quedaria aun la estrecha lengua de tierra de Granada, no seria difícil vencer los inconvenientes que ésta ofrece, existiendo como existe, y se comprende contemplando el mapa, un paso de solo unos treinta kilómetros de longitud, cuyo punto más elevado sobrepaja únicamente 7 metros 50 el nivel del lago Nicaragua y unos 45 el del Pacífico.

En resoluci6n, y como no puede ménos de acontecer tratándose de asuntos de tamaña trascendencia, diferencia inmensa en los pareceres y opiniones; pero en último resultado, conformidad en el punto principal, es decir, en que ha llegado la hora de abrir este nuevo camino al comercio del mundo.

Y se abrirá, no lo dudamos: si otra raz6n no tuviéramos para creerlo, nos la daria la importante reuni6n que

bajo la presidencia de M. Fernando de Lesseps, el infatigable y perseverante autor del canal de Suez, celebró el Congreso internacional, nombrado para estudiar y discutir los diferentes proyectos presentados para la apertura del Interoceánico. En las sesiones celebradas por el mismo en París durante la última quincena del pasado mes de mayo, después de haberse nombrado y constituido las comisiones de estadística, económica y comercial, navegacion, cuestiones científicas, y medicion, respectivamente presididas por Levasseur, Nathan Appleton, Brock, Daubrée, y Cerisole, se discutieron detenida y concienzudamente los diferentes proyectos presentados, pesándose las razones que en pro y en contra se aducian para cada uno de ellos, y después de haberse desechado los trazados por Tehuantepec, Nicaragua, Darien, etc., acordóse en definitiva, en la sesion celebrada el día 29 del propio mes, aceptar el trazado del canal desde el golfo de Limon á la bahía de Panamá.

El canal tendrá su origen en la bahía Navy (Atlántico), y siguiendo el curso del rio Chagres, hasta Matachin, distante unas veinte y seis millas, recorrerá el rio Obispo hasta las cercanías de Paraíso, desde cuyo punto por medio de un canal artificial entre aquel y Rio Grande desembocará en el Pacífico. El punto más elevado no pasa de 262 piés; por consiguiente son relativamente insignificantes los cortes que hay que hacer y las trincheras que se deben practicar.

Para la realizacion de dicha obra se ha constituido una compañía con un capital de 400 millones de francos, —cantidad insignificante si se tienen en cuenta por un lado los beneficios que de la misma debe reportar el comercio en general y por otro que no son menores las que se gastan incesantemente en las guerras en que se destruyen mutuamente los individuos de la sociedad humana,—la cual parece ha obtenido del gobierno colombiano la autorizacion indispensable para llevar adelante la empresa, de comun acuerdo con la compañía del ferrocarril de Panamá.

Para que se pueda formar una idea aproximada de las ventajas que ha de reportar la realizacion de tan atrevido pensamiento, diremos que la distancia existente entre Nueva-York y San Francisco de California, en buques de vela, se acorta 14,000 millas; á Sanghai 11,690; á Canton 10,900; bastando esto para que se comprenda cuán ventajosa ha de ser para el comercio de los pueblos una obra que, sólo para lo que á los Estados Unidos dice relacion, produce una economía anual que no baja de 36 millones de duros.

No falta, sin embargo, quien hace oposicion á que la misma se lleve á cabo, y, sin ir más lejos, podemos citar la proposicion presentada por M. Barnside el día 25 del último junio, para que el Senado de la Union americana declarara que la apertura del istmo de Panamá, bajo el patrocinio de las potencias europeas, es una tentativa hostil contra los Estados Unidos. Tambien Inglaterra creó grandes obstáculos á la apertura del canal de Suez; mas realizóse á pesar de los mismos, siendo la marina inglesa, por lo mismo que es la más importante, la que mayores beneficios ha obtenido de esa obra que facilita extraordinariamente las relaciones con sus colonias y factorías del Asia, y otro tanto acontecerá con el canal Interoceánico, á pesar de los esfuerzos que se intenten para que la empresa no se lleve á efecto. Lo hemos dicho, la apertura de dicho canal es de imprescindible necesidad, y la experiencia enseña que los hechos se verifican cuando no puede prescindirse de ellos. Por esto abrigamos la esperanza de que M. de Lesseps, que á la gloria de haber roto el istmo de Suez, querrá unir la de romper el de Panamá, hará buena su palabra y verá satisfe-

chos sus deseos de inaugurar las obras del canal Interoceánico, el día 1.º de enero de 1880, es decir, dentro ménos de seis meses.

CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO.

Barcelona 15 de julio de 1879.

UNA AFICIONADILLA.

(Véase el grabado de la página 240).

Ya lo ven ustedes: es esta una niña muy linda, muy inteligente y muy pizpireta. Como ha tenido ocasion de presenciar repetidas veces el entusiasmo con que su papá enseña á los amigos de la casa las bellezas que encierran los objetos de arte que adornan su elegante gabinete de estudio, se sabe al dedillo las condiciones que avaloran las porcelanas y las mayólicas y las faenzas y las tazas japonesas, y hasta los nombres de las fábricas y manufacturas de que proceden; pero lo malo es que para conocer más á fondo la materia, y estudiar los objetos hasta en sus detalles más insignificantes, ha dado en la flor de encaramarse á las sillas y alcanzar de los anaqueles los ejemplares de cerámica que el papá ha logrado reunir á fuerza de constancia, desvelos y desembolsos. Tengo para mí que esto ha de acabar mal; pero muy mal, y que el primer día, absorta en la contemplacion de las bellezas y primores de tan frágiles materias, ha de dar un disgusto al señor papá, que se encontrará hecho pedazos alguno de los ejemplares más notables de su rica coleccion.—V.

RUINAS DEL MONASTERIO DE TODOS LOS SANTOS,

EN LA SELVA NEGRA.

(Véase el grabado de la página 249).

Llábase Selva Negra (en aleman *Schwarzwald*), un bosque inmenso que se extiende por una dilatada cordillera de montañas de Norte á Sur y paralelamente al Rhin, en el reino de Wurtemberg y el gran ducado de Baden. La nieve cae en abundancia en aquella region durante ocho meses del año, siendo por lo tanto el clima sumamente crudo. En las montañas de la Selva Negra nacen el Danubio y varios afluentes del Rhin.

El precioso grabado que aparece en la página 249 de EL MUNDO ILUSTRADO, representa las ruinas del antiguo monasterio de Todos los Santos, situado en medio de un paisaje agreste, y envuelto, como fúnebre sudario, en un manto de nieve. Este edificio religioso fué pasto de las llamas.

¡Salve, majestuosos y venerables restos! Ya no se oye el tañido de tus campanas; mudo está tu órgano; tampoco resuenan en el templo los pasos de la comunidad ni se elevan desde él al cielo las preces de los ministros del Señor; pero en tu contemplacion se extasia el viajero, remontándose su pensamiento hasta los serenos horizontes del Arte.—B.

LOS IDEALES.

(Composicion leida por su autor en el Ateneo de Madrid, el día 10 de mayo de 1879).

No hay más que hablar: cuanto hasta aquí pensaron
 Ó creyeron las gentes, manifiesta
 Su poco lastre y su ignorancia suma.
 La humanidad avanza triunfadora
 Por el camino del progreso; rompe
 De toda autoridad el férreo yugo;
 Su fuero imprescriptible restablece.
 Ya no hay tiranos. Donde ciencia antigua,
 Que apellidaron ciencia por mal nombre,
 Con espíritu estrecho levantaba
 Templos á la verdad, esplendorosa
 Ciencia moderna, como el aire libre,
 Las cárceles derrumba que oprimían
 El pensamiento humano, y lo conduce,
 Único rey, al trono de la idea.
 De la vil servidumbre redimido
 De célica moral, y de las leyes
 Á que pueril tributo de obediencia
 Los estúpidos sabios de otros tiempos
 Dieron humildes, sin temor respira.
 ¿Qué la pródiga luz, qué la grandeza
 Del Redentor divino, comparada
 Con la de estos humanos redentores
 Que reniegan de Dios, y se entretienen
 Otros dioses creándo con el fuego
 De su genial é indócil fantasía?

Llegó por fin el siglo de las luces
 Tanto esperado. La glacial tiniebla
 En que vivieron anteriores siglos
 Se rasgó para siempre. Desde ahora
 Vamos á ser más sabios, más prudentes,
 Más ricos, más felices. El imperio
 De esta progenie indómita, nutrida
 Sólo por la razon en el regazo
 De la absoluta libertad, triunfante
 Vierte copia magnífica de bienes
 A manos llenas por los pueblos todos.
 Error, supersticiones, fanatismo,
 Vicios, crímenes, guerras, cuantas plagas
 Hasta la edad presente deshonraron
 El universo entero, estremecidas
 Huyen veloces al profundo abismo
 Para nunca volver: ¿qué mayor gloria?

Ya no sacude las siniestras alas,
 Ni el devorante pico en la conciencia
 Clava del hombre el buitre de la duda.
 Todo es afirmacion, todo concierto.
 Al calor de sin par filosofía,
 Que la unidad en vano suspirada
 Siglos y siglos obtener consigue,
 Traspasando los límites impuestos
 Al misero mortal, en paráiso
 La baja tierra se trasmuta, ornado
 De castas flores y de pomas de oro.
 Las vejeces un tiempo veneradas
 Risa dan ya. Los ídolos cayeron
 Que aun subidos ayer en sus altares
 Al pecador rebelde amenazaban
 Con infernales penas, sofocando
 En cobardes temores su albedrío.
 ¿Qué pueden ya tan locas amenazas
 Contra la fuerza ingénita del hombre
 No sometido al duro vasallaje
 De religion ninguna positiva?
 Dueño al fin de sí propio, juez supremo
 En la region que antaño limitaban
 Religiosos principios, ó deberes
 Al cómplice del mal siempre importunos,
 A Dios destrona y abatir procura
 Cuanto el dominio contrastar pudiera
 Del humano poder. Nunca tan alto
 Su terrífico solio puso en este
 Antes valle de lágrimas, ahora
 Grato verjel de dichas y de amores.

Mas ¡ay de mí! cuanto mayores triunfos
 Los modernos apóstoles auguran,

Mientras más de estos gérmenes esperan
 Plantas de fruto saludable, ménos
 En su virtud el ánimo confía.
 Donde quiera que miro ven mis ojos
 Avanzar en tropel nueva barbarie,
 Nueva tiniebla pavorosa, estragos
 Nunca vistos ni oídos, triste ejemplo
 Del engañoso bienestar que ofrecen
 Los que hoy el lauro del saber se apropian.
 Ellos anuncian con alegres voces
 Que han muerto ya los viejos idéales;
 Que se renueva el mundo; que la savia
 Del cristianismo se extinguió; que el hombre,
 Viva materia, inquebrantable imperio
 De fraternal amor funda en las ruinas
 De grandezas pasadas; que al influjo
 De igualdad bienhechora el ignorante,
 El proletario, el holgazan ya pueden
 Con orgullo decir: «todo es de todos!»

¡Funesto error de crímenes preñado!
 ¡Aborrecible ofuscacion! ¡Delirio
 Que amenazante ruje, y á deshora
 Cual oculto volcan romper pudiera
 En torrentes de lava, las naciones
 Á miseros escombros reduciendo!
 No, no ha de ser, aunque lograrlo ansien
 Con anhelo febril tales augures.
 Ni en la esfera social, ni en el sagrario
 De la conciencia humana, ni en el limpio
 Cielo del arte se anubló la estrella
 Del ideal cristiano. Á sus fulgores
 Siempre y en todo el mundo florecieron
 Fecunda libertad, orden, justicia,
 Y la virtud que purifica el alma,
 Y el secreto poder de la belleza.
 ¿Y tan seguros bienes trocarían
 Pueblos incautos, de su paz verdugos,
 Por el bien imposible que prometen
 Los nuevos idéales, seductores
 Del estólido vulgo codicioso?
 ¿Cómo enfrenar maléficos instintos
 Sin esperanza y sin temor? La fiera
 Que palpita en el hombre ¿humillaria
 Su cerviz al deber, abandonada
 Como desierto esquife entre las olas
 Del borrascoso mar de las pasiones?

Estos nuevos y absurdos idéales,
 Antigüallas utópicas al soplo
 De sórdido apetito renacidas,
 Engendro vil de la soberbia, nunca
 Podrán secar el fecundante riego
 Místico don de la virtud cristiana;
 Nunca extinguir de célicas verdades
 La vivífica luz. Monstruos forjados
 En el oscuro averno, sus antorchas
 No alumbran, pero queman; y cual suele
 Plaga de insectos en la miés opima
 Cebarse hambrienta y arrasar los campos,
 Así tambien las tenebrosas furias
 En tan funesta escuela amamantadas
 El campo arrasarán donde florece
 La civilizacion, de quien blasonan
 Ser á la vez profetas y ministros.

Ni la hipócrita voz de la mentira,
 Ni el oropel de la maldad que impune
 Canta en el fango sus inícuas glorias,
 Ni el caduco esplendor de la materia
 Tirana del espíritu, ni el torpe
 Blasfemar del ateo, nada, nada
 De cuanto arrolla y sofocar pretende
 Toda virtud divina, presumiendo
 De más fuerza y vigor, en adelante
 Faro ha de ser que á las naciones guíe!
 Exhalacion fugaz que brilla y muere,
 Pasa el aciago error que nos deslumbra;
 Sólo es eterno el luminoso rayo
 Del sol de la verdad alma del mundo.

MANUEL CAÑETE,
 De la Academia Española.

Madrid, marzo de 1879.